

BRAYO
LA FLOR
DE LA
ALCARRIA

B. U. G.

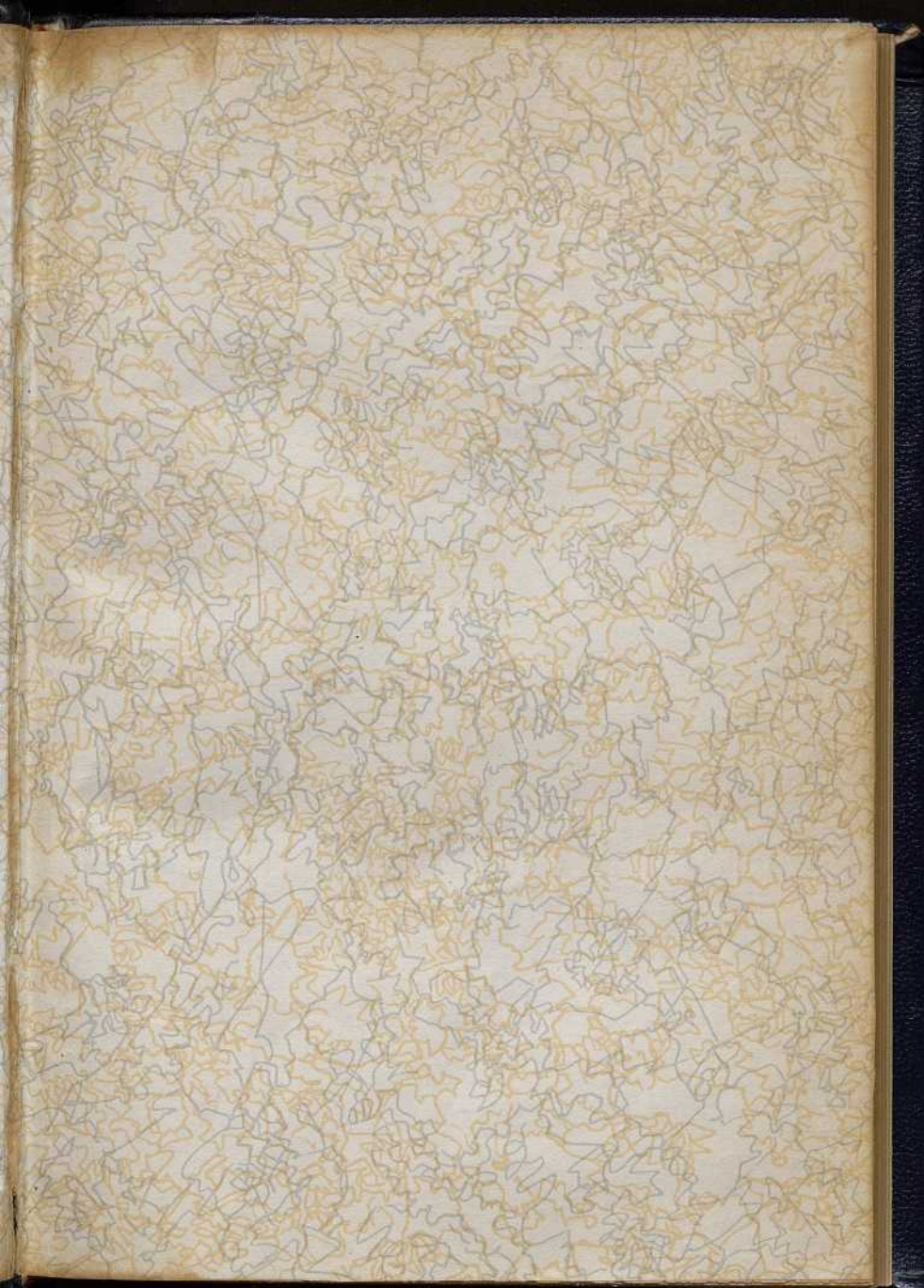
B
11
217











6189 03356
120 645260

4
43-7

LA FLOR DE LA ALCARRIA



BIBLIOT	AL
Sala:	B
Estant	11
Numre:	217

Biblioteca Universitaria	
CANADA	
	B
Estanta	8
	210

R. 48447

LA FLOR DE LA ALCARRIA.

—SILUETA DE UNA PREDESTINADA—

POR

TOMÁS BRAVO Y LECEA

É

IGNACIO CALVO Y SANCHEZ.



MADRID.

Librería de Fernando Fé,
Carrera de San Jerónimo, 2.

Librería de A. de S. Martín,
Puerta del Sol, 6.

1890.

10,712

Es propiedad.

GUADALAJARA
IMPRESA Y ENCUADERNACION PROVINCIAL.
1890.

27-6-1

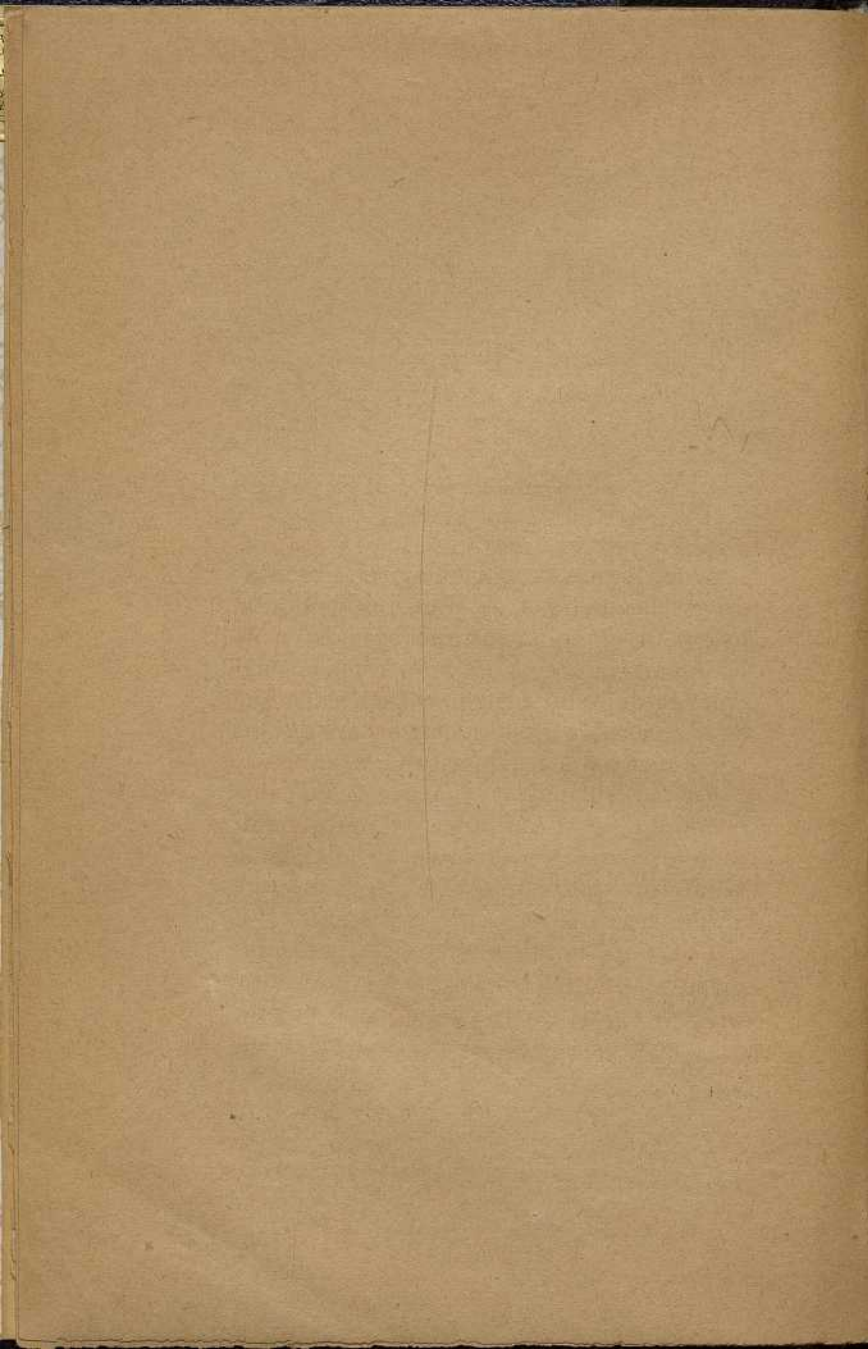
B-8-210

AL SEÑOR

D. MATÍAS BRAVO DE LA ZARZA,

afectuosa prueba de la amistad
y cariñoso respeto de

LOS AUTORES.



I.

BOSQUEJOS.

A dos leguas de Guadalajara y asentado en las laderas de pintoresco monte, existe un pueblo, antiguo esplendor de la Alcarria, donde ya solo queda, cual amargo dejo, los rastros y recuerdos que de sus pasadas glorias conservan en sus corazones los hijos de esta villa.

Pueblo agricultor que tiene por lema el trabajo y la honradez y cuyos habitantes poseen un caracter mezcla de la hidalguía castellana y de la franqueza aragonesa.

Huérfano de influencias ante las esferas oficiales, pobre y miserable á la presente, sigue la conducta que le imprime su propio valer, que no seria escaso seguramen-

te si hubiera quien tendiese su mano protectora, al pueblo que digno es bajo muchos aspectos de esa protección.

Nada más agradable y pintoresco para el viajero, que el paisaje que á su alrededor dá poesía y encanto, adorna con frondosidades y peñascos, con sierras, barrancos y valles siempre verdes, á aquél conjunto abigarado de casas de indefinido color y extraña arquitectura donde habitan los orchanos.

Una extensa y hermosa vega, venero de riqueza el día que convertida sea en fértil huerta, se postra á sus piés cual dama caprichosa que ofreciera con vanidosa coquetería, la dulzura de sus encantos y el encanto de su pasión.

En una larga extensión que comprende su término, la naturaleza parece hincharse y deprimirse, formando valles, á los que suceden montes de frondosa vegetación y que en su variedad, convidan al éxtasis que produce lo bello.

Por todas partes cruzan arroyos de aguas cristalinas que humedecen continuamente la sequedad de la tierra, y por todas partes también el olivo, la vid y la

mies ofrecen sus productos á los que trabajando día tras día, esperan la ansiada cosecha, más que para su sustento y comodidad, para pagar las contribuciones que cual inmensa maza pesa sobre los sencillos y honrados labradores, que ven con angustiosa paciencia trasportar sus granos, sus vinos ó sus aceites á los grandes almacenes del fisco, que asemeja á mónstruo devorador nunca satisfecho.

Sin embargo, esto no les desespera; fuertes siempre, siguen trabajando con ardor, pero sin la esperanza de que llegue un día en que la prosperidad y la abundancia imperen sobre la escasez.

En Orche la fertilidad de la tierra no parece nunca agotarse, los orchanos jamás ven decaídas sus fuerzas, y sin embargo, ni una, ni otros logran satisfacer la mala cara de los recaudadores, que de trimestre en trimestre y con puntualidad suma, cual chupópteros oficiales, sin compasión ni piedad dejan vacíos los graneros, ahitas las panzudas tinajas y anémicos los lustrosos pellejos de aceite.

Casi todos tienen por profesión las faenas agrícolas, sin que en determinadas

épocas del año se vean libres ni las mujeres, pocos son los que á carreras literarias se dedican y menos los que halagados por ilusiones de emigrantes, van á otras tierras á buscar riquezas imaginativas, perdiendo el modesto pasar que su pueblo les ofrece.

El tipo del hombre es rudo por su sobriedad, honrado, trabajador y muy apegado á la familia.

La orchana es un tipo encantador. Tan fresca de cuerpo como pura de alma, cuando ama su corazón es una explosión de cariño y su boca un nido de besos. Oye con complacencia las lisonjas que se la dicen, pero con arrogancia que dá el pudor, vuelve una bofetada á quien traspassando los límites de la pasión, llega á las fronteras del deseo.

No por eso dejan de poseer un caracter suspicaz, pero siempre son bálsamo consolador en las aficciones y digno acicate para el trabajo; siempre dispuestas á la caridad y siempre dispuestas también á *armar* un baile en la plaza, donde las seguidillas y las jotas se suceden con pasmosa rapidez, siendo en los días festivos la di-

versión favorita de los orchanos; días en los que mozas y mozos lucen sus *trapitos* nuevos, días en los que descansan los maridos, mientras las casadas, en los portales de sus casas y al rededor de una criba, juegan á la brisca con barajas sucias y abarquilladas, que cuanto más lo estén, mejor son.

Gente trabajadora en su mayoría, gente sencilla en sus gustos y á la que no es dable divertirse más que en los días festivos.

Y éstos los aprovechan de tal modo y de manera tal, que dá gozo y alegría el espectáculo de sus juegos y expansiones, al mismo tiempo que extraña muy mucho no les canse el baile continuado, no interrumpido de las jotas y seguidillas.

En una de las tortuosas y empinadas calles del pueblo, hay una casa de pobre apariencia, que contrasta con otra que á su lado orgullosa se levanta y cuyo interior pobre también, es la habitación de un matrimonio con una hija.

Protagonistas estos de nuestra novelesca historia, exigen para con nuestros lectores un amplio conocimiento, y no

LA FLOR DE LA ALCARRIA.

tratando de demorar su curiosidad, satisfecha quedará en el capítulo siguiente, el primero donde se inicia, para después desenvolverse, una acción tierna y delicada, no desprovista de dramáticas incidencias, de consoladoras enseñanzas, de episodios en que juega la pasión y el vicio, el amor y la religión.



II

PRESENTACIONES.

Andrés y Teófila, hijos de dos familias pobres y honradas eran los habitantes de aquella mísera vivienda.

Llevaban quince años de matrimonio y los días de felicidad habían sido tantos para ellos, cual lo fueron en número los transcurridos desde aquel en que el sacerdote bendijo su acertada unión.

No podía menos de suceder así.

Teófila añadía á la hermosura de su cuerpo las virtudes de su espíritu. Su rostro, de un ovalado perfecto, ostentaba una frente blanca y espaciosa, brillando en ella un ingenio agudo y perspicaz; sus ojos grandes y azules, siempre vivos é inquietos, reflejaban la pacífica alegría de su alma; aquellos ojos velados por largas

pestañas, miraban brindando siempre promesas y caricias; sus finos y delgados labios poseían una sonrisa tan encantadora, que en ellos parecía jugueteaba la conciencia libre de remordimientos. Su esbelto y bien proporcionado talle, formaba una mujer de espléndida hermosura.

Sus facultades morales no eran menos perfectas: antes que la aurora despertara las aves que habían de saludar la venida del dios Febo, la casa de Teófila estaba perfectamente limpia y arreglada, y con las primeras luces del sol, ambos esposos compartían el frugal almuerzo que había de alimentarles hasta la noche, en la que un modesto cocido reparaba las fuerzas enervadas por el continuo trabajo del día; trabajo que impedía á Teófila frecuentar las reuniones callejeras que forman generalmente las mujeres de los pueblos, pequeños Congresos femeniles donde impera la murmuración, siendo ésta una de las principales causas de la relajación de las buenas costumbres, murmuraciones que si cesaran evitarían continuos y diarios roces, disgustos y malquerencias.

Era Teófila sumamente aplicada, tanto,

que ninguna otra mujer intervino jamás en los quehaceres de su casa; ella cortaba y hacía las ropas á su marido y durante las prolongadas noches de invierno hilaba el cáñamo, con el que hacía su ropa interior. Siendo pobre daba algunas limosnas, oía ordinariamente con religioso fervor el santo sacrificio de la misa y le agradaba ejercitarse en prácticas religiosas sin que por ello se la pudiera tachar de gazmoña ó falsa beata.

Andrés, su consorte, aunque dueño de algunas tierras era jornalero en casa de un ricachón que junto á la suya vivía. Hombre fornido y de buena salud, trabajaba con entusiasmo y alegría, deseando aumentar más y más los intereses del que le proporcionaba el sustento. Como en su casa, se ajustaba todo perfectamente á la manera de ser de su posición, gracias á la prudencia y economía de Teófila, nunca los vecinos oyeron su voz para turbar el sosiego y la quietud del hogar doméstico y así eran estos hijos del pueblo, modelos de muchos matrimonios que blasonan haber recibido esmerada y distinguida educación en populosas ciudades.

Nos parece haber dicho que en todo el curso de su matrimonio habían sido felices y creemos haber dicho bien; sin embargo, durante este tiempo, tres veces la sangre que circulaba por sus venas al pasar por sus ojos se había convertido en lágrimas que entibiaron la dicha que había sido su patrimonio, que acibararon la felicidad que hasta entonces habían disfrutado.

El cielo les había mostrado lo grata que le había sido aquella unión concediéndoles tres hijos igualmente bellos, pero la inexorable guadaña de la muerte había segado aquellas tiernas flores—el mejor adorno del jardín de la esperanza de sus padres,— apenas habían esparcido sus primeros aromas; de aquí que solo en estas tres ocasiones se consideraron desgraciados, pero su fe ardientemente cristiana les hacía sufrir con resignación estas pruebas á que el Señor les sujetara.

Teófila oraba diariamente ante la imagen de la virgen de la Soledad, especial protectora de su pueblo, pidiéndola sucesión si así convenía á su salud temporal y eterna.

Por fin, una hija bonita—cual lo había sido su madre en los primeros años,—completó la felicidad de aquellos esclavos del trabajo. La muerte sin duda no se atrevió á destruir el gracioso conjunto que formaba aquella tierna criatura y la dejó crecer, no ocupándose de ella como lo había hecho con sus hermanitos.

Margarita,—así se llamaba la hija de Andrés,—era el encanto y la delicia de sus padres y vecinos.

Ya en la escuela, fué tan lista como traviesa, sus lecciones y tareas eran las primeras que estaban terminadas, por cuya razón, el tiempo que de ventaja conseguía á sus compañeras, lo empleaba en discurrir travesuras que inocentes fueron hasta la edad de doce años.

Desde entonces se le antojó ser moza, y lo que es lógico, ser la preferida, ser la mimada entre todas las de su edad, oyendo con suma complacencia los requiebros que otros muchachos de tan ardiente imaginación y de tanta precocidad como la suya, la dirigían.

Según crecía la niña, iba en aumento su hermosura, como igualmente su co-

quetería; gustando estar siempre en la calle y apesar de que su madre trataba de embellecer su corazón con máximas cristianas, Margarita disipaba con frecuencia su espíritu, introduciendo con esto la inquietud en el bondadoso corazón de sus padres, que en el silencio de su casa, vertían lágrimas persuadidos de que siguiendo tan peligrosos caminos la hija de su corazón, amargaría su existencia con un terrible desenlace.



III

DEL AMOR Á LA DESESPERACIÓN.

El reloj de la iglesia parroquial acababa de dar las ocho de la mañana y cuando todavía resonaba en el espacio el eco vibrante de la campana, Margarita traspuso el umbral de la puerta de su casa.

Era la hora de llevar el almuerzo á su padre y al campo se dirigía.

Una borriquilla cargada con unas aguaderas, en las que iba la comida, salió tras de la joven.

En una esquina inmediata, desde donde se veía la casa de Andrés, hacía tiempo que un muchacho esperaba con impaciencia á alguien.

Ricardo amaba con vehemencia, quería con entrañable pasión á Margarita, que

vanidosa y coqueta desdeñó siempre las proposiciones amorosas del joven.

No la extrañó á la encantadora niña, que Ricardo la estuviera esperando.

—¡Siempre el mismo!—exclamó impaciente al ver al muchacho, y con gran agilidad, subida sobre una peña, saltó sobre la borrica, que apesar de las voces de su ama, no quería andar, permanecía parada.

Ricardo aprovechó esta ocasión para acercarse á la mujer que loco le tenía, y castigar al animal que así desobedecía al idolo de su cariño.

—Buenos días, Margarita;—dijo con rubor el enamorado mancebo.

—Hola;—contestó secamente la niña.

—Quieres que te acompañe y...

—Me volverás á contar lo mucho que me quieres? pues no, no estoy dispuesta á oírte, me tienes cansada con tu pesadez, te he dicho una y mil veces que no, de modo que arrea á la borrica y márchate, que no te quiero ver...—dijo con altanera arrogancia la jineta.

Ricardo, humillado una vez más, obedeció la orden de Margarita y vió alejar-

se con tristeza á la bellísima muchacha, que cantando alegremente, hería con sus notas, cual si fueran acerados puñales, el corazón del enamorado.

Absorto en su admiración, vió perderse la silueta de la niña, entre las encrucijadas de las calles.

—¡Siempre la misma!—exclamó con desaliento el joven volviendo en sí.

Desesperado, aunque no rendido, en aquella continua batalla luchaba con las fuerzas casi extinguidas ante la frialdad de su veleidosa paisana.

Abismado en estas reflexiones, anduvo sin rumbo ni idea fija, y parece que la fatalidad le guió á la cumbre del pueblo, desde donde veía perfectamente á Margarita, que por uno de los infinitos senderos, se dirigía á la vega.

—Tan hermosa como cruel;—decía el joven, mientras con la vista seguía á la hija de Andrés, que adelantaba perdiéndose muchas veces entre las sinuosidades del terreno y los *zigs-zags* del camino.

Al llegar á un barranco cubierto de exuberante vegetación, y al cual daban

sombra grandes y copudos olmos, vió que de entre éstos salía un hombre vestido de cazador, quien ayudando á bajar de su cabalgadura á Margarita, y ofreciéndola galantemente el brazo, unidos los dos, desaparecieron...

Loco, airado, frenético, presa el corazón de desesperado dolor y de impetuosos celos, Ricardo, horrorizado de las liviandades de su pretendida, se mesaba los cabellos con furia y se restregaba los ojos, como si quisiera borrar de su retina la última impresión recibida.

Tal era el efecto que en su espíritu produjera la conducta de su paisana.

De aquella con quien compartió alegremente en los juegos de la infancia.

De aquella con quien pocos años antes iba al campo á coger flores y á la que ayudó á formar hermosos ramos que adornaban al día siguiente el altar mayor de la iglesia.

¡Cuánto había cambiado!

Ya no era la inocente muchacha que Ricardo había conocido.

Efectivamente, un cambio tan grande le parecía imposible, en el primer mo-

mento se creyó alucinado, pero no, era verdad, había sido testigo inconsciente de una escena amorosa.

Ya no le cabía duda, lo que tímidamente se decía en el pueblo, era verdad.

Margarita amaba á aquél cazador desconocido para Ricardo.

El corazón del enamorado sintió primero la opresión de la angustia más intensa, después la sacudida del más exaltado despecho.

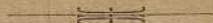
Oleadas de sangre subían á su cabeza, que parecía un volcán, rugidos de venganza articulaba su garganta y su memoria, con insultante provocación, le recordaba á Margarita del brazo de otro hombre.

—Es preciso matarle y matarla—dijo el joven con espantosa complacencia, y en sus labios se dibujó satánica sonrisa.

Su vista escrudiñó el sitio por donde poco antes Margarita y su compañero se alejaron y al no ver su curiosidad satisfecha, Ricardo prorrumpió en una carcajada histérica y cayó al suelo presa de un síncope, mientras que en el deli-

rio, sus lábios dejaban escapar estas frases:

—Matarla, ¡nunca! ¡nunca! la quiero demasiado.



IV

● IDILIOS.

Postrado en tierra hubiera estado el amante de la hija de Teófila, á no ser que por casualidad un criado de su casa, que acarreaba mies á la era, no pasara por su lado y reconociéndole, no le prestase auxilio.

El criado se acercó al joven.

—Ricardo... Ricardo...—le llamó creyéndole dormido

Al ver que no contestaba, al ver sus facciones desencajadas, los labios cárdenos y todo su cuerpo sin movimiento, empezó á dar voces en demanda de socorro.

Pronto al rededor del joven estuvieron todos los vecinos que en las eras inmediatas hacinaban la mies, y pronto tam-

bién la desgracia corrió de casa en casa y de vecino en vecino por todo Orche.

Los padres de Ricardo primero y después el médico, se personaron en el lugar donde yacía el infeliz joven á quien todos consideraban como muerto.

El doctor reconoció al enamorado muchacho y pronto escucharon de sus lábios la halagüeña y consoladora noticia de que vivía y que todo no era más que un desmayo del que pronto se restablecería.

Con sumo cuidado le trasladaron á su casa y poco después Ricardo, notablemente mejorado, descansaba con un sueño tranquilo y reparador.

Margarita, entre tanto, la mujer que era causa de todo lo sucedido, conversaba apasionadamente con el joven Lallana, hijo de un acaudalado senador que dueño de una soberbia posesión situada cerca del pueblo, en ella, la familia del aristócrata pasaba los meses del calor.

En una de sus excursiones venatorias, el hijo del anciano noble había conocido á Margarita.

Las perversas intenciones del joven, hijas de una conciencia dominada por el

vicio, le indujeron pronto á aumentar el número de sus víctimas con la hermosa Margarita.

Desde entonces Octavio no perdió ocasión, motivo ni medio de seducción para atraerse las miradas primero, después el corazón de la hija de Andrés.

Esta aunque lista, no pudo, ni tenía bastante malicia tampoco, para comprender el fin que Lallana se proponía.

Aquel joven de naturaleza gastada, en la que había dejado huellas desastrosas la crápula y la orgía, no perdonó ninguna de las máximas que aprendiera ya en los suntuosos salones del gran mundo, ya en las juergas que con *flamencas* y *flamencos* fueron su ocupación de siempre.

Margarita no tuvo valor para defenderse, es más, ni lo intentó siquiera, tanto la halagaba el verse cortejada por un hombre rico, decididor, elegante y que en día más ó menos lejano, ostentaría el noble escudo del marqués de Lallana.

Nuestra protagonista, que hasta entonces no había sabido lo que era amor, pronto empezó á sentir los efectos de esta pasión que se apoderó de su alma y amó como

se ama la primera vez, cual impetuoso huracán que todo lo arrastra tras de sí.

Y no pensaba más que en Lallana y con alegre contento y sin ver que con esto se comprometía, haciendo caso omiso del qué dirán y de las máximas que sus buenos padres continuamente la daban, la joven corría al barranco todos los días, donde era esperada por el anémico aristócrata, que apreciaba con verdadero júbilo los progresos que en Margarita producían sus malélicas sugerencias y criminales proyectos.

La hija de Andrés, como todas, era coqueta, pero en grado mayor que todas y despreciando el verdadero amor que Ricardo la ofrecía, se echaba juguetona y satisfecha en los brazos del joven Lallana que presentaba á sus ojos un cuadro de riquezas tentador, capaz de hacer sucumbir á otra menos inocente que la hermosa alcarreña, quien trasportada por su imaginación se veía ya en lujosos carruajes luciendo su espléndida belleza, siendo la admiración de todos los hombres y la envidia de todas las damas.

La entrevista de los dos amantes en el

día que Ricardo los vió,—con lo cual le ratificó la realidad, lo que hacía algún tiempo se susurraba en el pueblo con insistencia, y que el joven labrador, dentro de su generosa lealtad, tomó como murmuraciones privadas de todo viso de verdad,—aquel día Margarita y Octavio se despidieron quizás por largo tiempo, pues el hijo del senador marchaba á Madrid á evitar el bochorno de la carcel, con la que un acreedor le amenazaba si pronto no satisfacía una considerable suma que adeudaba al usurero.

—¿No me olvidarás, Octavio?—preguntaba con ansiedad la niña envolviendo en una mirada dulce y cariñosa á aquel sér enteco que finjía cual actor consumado, una tristeza que estaba muy lejos de su espíritu.

—Olvidarte, imposible; siempre mi corazón llevará impreso tu nombre y mi memoria el recuerdo de tu belleza;—exclamó con pasión Octavio acercando sus labios secos á los húmedos de la joven, y así estuvieron largo rato, como si aquebese fuera el símbolo de dos almas que se unen, y los pajarillos, cual si tomaran par-

te en la alegría de la hermosa alcarreña, entonaban en los árboles gorgeos de delicada ternura.

Poco después Octavio se despidió de Margarita.

De los ojos grandes y azules de la niña se desprendían lágrimas de desconsuelo que hubieran conmovido cualquier corazón menos duro y encallecido que el del joven Lallana.

Este, no pudiendo hacer asomar una lágrima á sus secos y hundidos ojos, se echó á éstos una bocanada de humo del habano que fumaba y aparecieron rodando por sus pálidas mejillas, dos gotas de agua, que para ser lágrimas, necesitaban ser verdaderas.

—Adios, mi Octavio.

—Abur, amor mío.

—¿Me olvidarás?

—Nunca.

Y poco después los jóvenes se separaron ¡Qué contraste!

El miserable cazador alegre y contento por su conquista.

La hija de Andrés triste y pesarosa por la partida de su amante.

Lallana volvió varias veces la cabeza, no por amoroso consuelo que en verdad no lo necesitaba, sí porque conocía el buen efecto que tan sencilla é inocente superchería habría de producir en su hermosa amante.

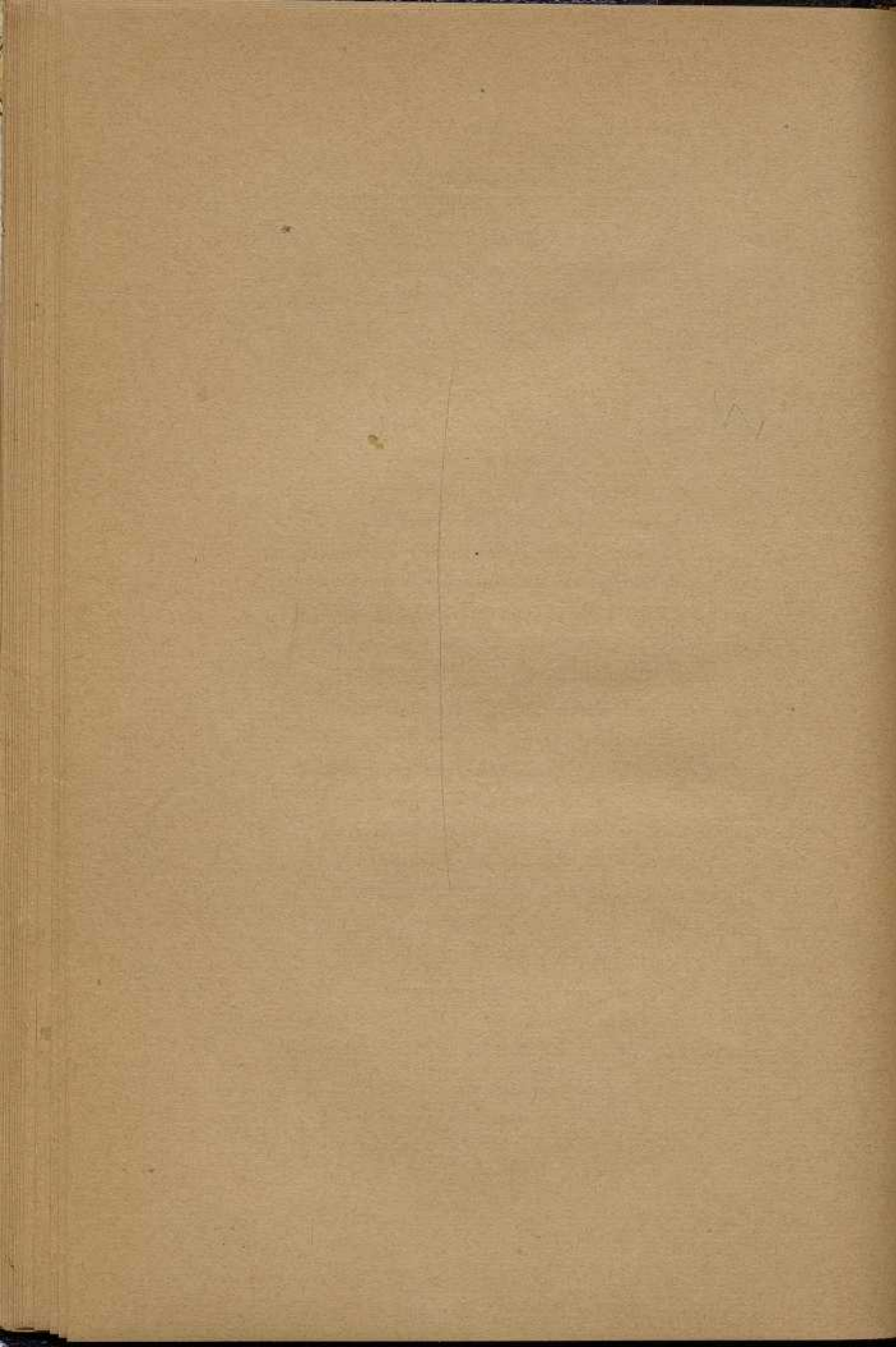
Esta, que no le perdía de vista y que se llevaba con frecuencia la punta del delantal á los ojos, dibujaba en sus labios una encantadora sonrisa con la que contestaba á Octavio que agitando al aire su sombrero, la despedía con fingida afección.

—¡Cuánto te adoro!—exclamó la hija de Andrés, enviando un beso apasionado á quien desde hacía algún tiempo era dueño de su corazón.

Y nuestra heroína con adorable viveza, montó sobre la borrica y se dirigió al sitio donde segando estaba su padre.

Ricardo, entre tanto, despertaba y en la penumbra del sueño el primer nombre que pronunció fué el de su adorada Margarita.





V

BORRASCAS

No pasaban desapercibidas estas entrevistas amorosas del cazador y la aldeana entre las gentes de aquel vecindario, que con el mayor secreto, comentaban las relaciones de aquellos jóvenes, cuyos rangos eran tan diametralmente opuestos.

Entre los que con más encono censuraban días después la conducta de Margarita, se encontraba el desgraciado Ricardo, á quien su madre, desde muy joven, le había hecho ver la conveniencia de un matrimonio con la hija de Andrés.

No tenía Ricardo más instrucción que la necesaria para saber labrar las pendientes laderas donde viven los olivares y donde crecen las vides, en cuyos frutos

estaban cifradas las principales riquezas de sus padres, los que apesar de los bajos precios del aceite y del vino, no habían necesitado nunca mendigar trabajo en casa agena, que hiciera producir lo suficiente para cubrir sus más perentorias necesidades.

No obstante la poca educación científica que Ricardo había recibido, su natural era despejado y discurría con bastante ingenio.

Durante los ratos de ocio que le permitían las faenas agrícolas, dedicaba su pensamiento á la graciosa niña, que consideraba como su idolo, y á quien en el secreto altar que le había erigido en su corazón, la adoraba sin descanso con el más entusiasta frenesí.

Se le veía frecuentemente abismado en la más profunda meditación, de la que siempre despertaba sobresaltado, haciendo resaltar sus gruesos nervios á través de la piel y agitando la cabeza con bruscos movimientos y arrojando fuego por los ojos, decía:

—Y será posible que un miserable *levita*, un chisgaravis á quien estrujaría en-

tre mis garras sin necesidad de emplear todas las fuerzas, valga más que yo á los ojos de la que debiera quererme? Es posible que un puñado de dinero, que no sabemos si lo tendrá, ha de ser capaz de poner delante de mí á ese señorito lacio y flacucho? No, no lo puedo permitir; á fe de quien soy que he de escarmentar á ese osado cazador.

Ricardo, que apenas dormía pensando en sus contrariados amores, iba perdiendo por momentos su sano color, quedándole un rostro macilento y enfermizo, que puso en alarma á su buena madre.

Esta, que no ignoraba el origen del mal que afligía á su hijo, pensó en remediarlo y al efecto, con gran cautela y con mucha precaución, procuró hablar á su amiga Teófila, á fin de que interesase el corazón de Margarita en favor de su desgraciado hijo, al que día y noche se le veía suspirar, anhelando siquiera una ligera sonrisa de aquella doncella que por lo correcto de sus formas y claro entendimiento, ocupaba lugar preferente entre las hermosas de su lugar.

La madre de nuestra heroína tenía el

corazón partido por el sentimiento que le causaban los raros, los extraños amores de su hija.

Muchas mujeres chismosas, que siempre abundan en los pueblos, torturaban más y más la penosa situación de Teófila, con cuentos y escenas muy subidas de color, que pintaban y decían haber presenciado entre el señor Lallana y su joven querida.

Andrés y su esposa, conociendo la crítica situación en que su hija les había colocado, comprendiendo que á todo trance era necesario salir de ella, pues se trataba de la honra de la familia; que era preciso purificar la hasta entonces noble sangre de sus ascendientes, que parecía empezaba á corromperse; que era necesario, cumpliendo con su deber, cortar el mal en su raíz con las más enérgicas medidas.

Los afligidos padres, seguidos de la bellísima Margarita, se reunieron en la más apartada habitación de la casa.

Ambos esposos hubieran sufrido en aquella ocasión el más rudo contratiempo, mejor que increpar en formas duras la conducta de su hija.

La lucha no podía ser más terrible, los sentimientos tiernos hijos de la naturaleza por un lado, la severidad de los preceptos religiosos por otro, tenían al padre perplejo; ¡qué contraste! la religión y el amor paternal pugnaban con fuerzas igualmente grandes, en el sencillo corazón de aquel hombre del campo.

Aquella estancia parecía un sepulcro, tal era el silencio de los que en ella estaban.

¿Qué sucedería al fin?

El cariño á Margarita venció; Andrés dió un suspiro tan hondo, que arrancando lágrimas de ternura á sus ojos, empezó á temblar, y cayendo postrado ante su hija, que rígida como el marmol, veía con la mayor sangre fría aquella interesante escena, con suplicante acento, exclamó:

—Hija mía, hija de mi corazón, por qué desgarras nuestras entrañas con tan bajas acciones; tus padres y abuelos siempre se distinguieron por su honradez y nobleza, y tu parece quieres ser el borrón de nuestra familia. No, no; que no sea así, de hoy en adelante, olvida esos amores que te empequeñecen y que de la noche á la mañana

se dispararán como la niebla de la vega, y acepta un esposo que siendo de tu categoría, podrá hacerte feliz, y no te vuelvas á acordar de ese hombre, que al fin, como todos los de sus circunstancias, concluirá por querer hacerte su esclava, —dijo Andrés con cariño.

—Oye, querida mía, los consejos de tu padre que son mis deseos;—prorrumpió Teófila con solicitud.

Estas palabras, que debían haber producido el efecto esperado, exacerbaron de tal manera el ánimo de la querida de Octavio, que como loca, pronunció algunas frases en las que postergando con indiferencia el cariño filial, ensalzaba al nivel de los dioses á aquel lobo que algún día devoraría su honra, y con ella, la de toda su familia.

Entonces Andrés dejó de ser el amoroso padre y convirtiéndose en inexorable juez, que á todo trance quiere corregir los punibles deslices de su hija, tomando de un brazo á Margarita, la bamboleó con fuerzas hercúleas de un lado para otro, diciendo al mismo tiempo:

—Si quieres burlarte de mí, si no obe-

deces nuestros mandatos, si sigues esas relaciones absurdas é incomprensibles, te trataré como mereces, y entonces tus padres, que hasta hoy te han querido y te quieren con toda su alma, se convertirán bien á su pesar en tus verdugos.

—No lo sentiré,—contestó con energía la hermosa alcarreña,—nadie hará variar en lo más mínimo los afectos de mi corazón, y no se empeñen en torcer mi amoroso sentimiento, porque no alcanzarán nada, yo les aseguro que no conseguirán más que aumentarlo.

No esperaba aquel honrado matrimonio que á tanto llegara la arrogancia de su hija.

—Es decir,—exclamó Teófila con amargura,—que ya no quieres á tu madre, que para tí, merece mucha más consideración, mucho más respeto aquel que te está engañando...

—Sí, mucho más; siempre que ustedes se opongán á mi dicha y felicidad;—prorrumpió con altanería Margarita, y dando un violento empellón á la que la había dado el sér y librándose de las callosas manos de su padre, nuestra bella heroína

completamente sofocada, y queriendo más si cabe á Octavio, abandonó la casa que la había visto nacer.

Y por las calles en que menos personas pudiera encontrar, salió del pueblo, donde seguramente estaba su felicidad.



VI

Á LO QUE CONDUCE EL AMOR.

¡Pobre Margarita!

El amor, el cariño inmenso que la hermosa alcarreña tenía al hijo del senador, iba á ser causa de desastrosas escenas, y todas ellas serian otras tantas heridas que nunca, jamás llegarían á cicatrizarse en el corazón de la desgraciada niña.

El sentimiento que la uniera á Octavio, invadiendo su alma, apagó por completo otro cariño, y pensando en el aristócrata, que aquel día marchaba á Madrid, la hija de Andrés, sacando fuerzas de su flaqueza, á la Corte trató de dirigirse.

¡Cuántas veces en el camino sus delicados piés sintieron las pinchadas de los guijarros y los rasguños que la inferían las malezas!

Sin embargo, la hija de Teófila seguía andando y temiendo encontrarse con algún conocido ó amigo, si por la carretera iba, se resolvió á seguir senderos y atajos que ni ella misma sabía á donde la llevaban.

La noche la sorprendió en el camino, pero Margarita no se acobardó en lo más mínimo, firme en su idea de llegar á Madrid, siguió andando.

Un aire frío, húmedo y el cielo que empezaba á encapotarse, anunciaron á la hermosa alcarreña una fuerte tormenta.

Poco después, gruesas gotas descendieron del espacio, y una lluvia copiosa y abundante la obligó á guarecerse debajo de un árbol.

Los relámpagos, brillando con sus vivos fulgores, cruzaban en todas direcciones, y el tableteo sordo del trueno repercutía en las hondonadas y chocaba con las sierras, produciendo sonidos capaces de amedrentar el espíritu del más valeroso, mucho más el de una infeliz y delicada niña.

Allí pasó más de dos horas aterida de frío por la humedad, y casi sin querer, su

alma elevó una oración al cielo y su corazón un recuerdo para Octavio.

Cuando trató de incorporarse y proseguir su interrumpida marcha, sus piernas entumecidas se negaron á moverse; fantasmas amenazadores la parecían las negras siluetas de los riscos y las copas de los árboles, y sin embargo Margarita, haciendo un supremo esfuerzo, con paso lento siguió andando.

A lo lejos, sus ojos húmedos se fijaron con insistencia en una luz que se divisaba en la obscuridad y á ella se encaminó.

Muchas veces cayó desfallecida y otras tantas, después de un breve descanso, mirando á aquella luz que creía su esperanza, andaba un poco, para más adelante caer, presintiendo que alguna vez no se levantaría más.

Pero pensaba mal, pues la hija de Andrés, aunque con gran trabajo, llegó por fin á una casa que en medio de un monte se levantaba á modo de atalaya.

Margarita tuvo un momento de vacilación; luchaba su orgullo con el estado lastimoso en que la tormenta y el camino la

habían dejado, pero venciendo este último se animó á llamar.

Poco rato después la voz de un hombre preguntó desde el interior:

—¿Quién?

—Abra usted; —contestó en un gemido la infeliz niña, cayendo al suelo desfallecida.

El dueño de la posada abrió la puerta y compadecido de aquella infeliz mujer, la cogió en brazos y la introdujo en su casa.

Cual no sería la sorpresa de aquel hombre al distinguir, á la débil luz del candil, que la intempestiva viajera era una joven de encantadora belleza.

La abrigó, frotó sus sienes con un poco de aguardiente, y las lívidas facciones de la joven fueron tomando un ligero tinte sonrosado.

El posadero admiró en silencio á Margarita.

Rubia, grandes ojos azules, adornados por negras y largas pestañas; una boca fina, cuyos labios, en aquel momento ligeramente amoratados, ocultaban una doble fila de blancos y menudos dientes; un

cuello en el cual estaban reunidas en amigable consorcio la belleza y la perfección, era el cuadro deliciosamente encantador que el dueño de la posada tenía delante, y decimos cuadro, porque únicamente aquella cabeza digna del cincel de Fidias era lo que podía admirar,—pues el cuerpo estaba cubierto con una manta,—y porque sus largos y sedosos rizos, cayendo sobre sus hombros, formaban artístico marco.

El posadero dió de comer á la niña y la destinó el mejor cuarto y la mejor cama de su casa.

Margarita no pudo contestar á tantas atenciones, sus ojos se arrasaron de lágrimas.

El dueño de la posada, respetando la angustia de la joven y matando su curiosidad que pugnaba por ser satisfecha, se retiró á descansar después de hacer toda clase de ofrecimientos.

Los trabajos del camino, el disgusto que causó á nuestra heroína el alejarse de la casa de sus padres, quebrantaron las fuerzas de la joven, que pronto se rehabilitaron con el descanso.

Al día siguiente, y en un carro de un

amigo del posadero que se dirigía á Madrid, Margarita realizó sus tan anhelados deseos entrando en la coronada villa por la calle de Alcalá.

Su rostro retrataba la alegría que le inspiraba su llegada á la Corte, donde abrigaba la esperanza de ver pronto á Octavio, por el que había pasado tantos sinsabores y al que amaba y quería con toda la efusión de su alma.



VII

DOLOROSA DECEPCIÓN.

Margarita fué muy dichosa en aquel momento en que bajando del carro preguntó por donde iría mejor y más pronto á la calle del Almirante.

Ella sabía que allí vivía su Octavio, y toda vez que por él fué el separarse de sus pobres padres, el huir de su pueblo natal y por él su fuga á Madrid, pensó la alca-reña que su primer deber era el saludar á quien tanto adoraba, en cuyas mentidas promesas creía y por el que estaba dispuesta á hacer toda clase de sacrificios y á sufrir con paciencia todo género de sinsabores.

Preguntando á unos y á otros que contestaban á la desgraciada joven con bro-

mas y chistes subidos de color, sufriendo los codazos y empellones de los transeuntes y aturdida ante aquel ir y venir de gentes, ante la algarabía, las voces de los vendedores y el ruido de los coches, Margarita llegó á una elegante casa de la calle del Almirante, cuyo nombre y número tuvo presente desde que Octavio cometió la indiscreción de indicárselos.

En esta casa habitaba el marqués de Lallana.

Nuestra bella protagonista indecisa primero y admirada después del lujo de aquella suntuosa morada, no se atrevió á entrar; pero halagada con la esperanza de que Octavio la recibiría con los brazos abiertos, y suponiendo que aquel hombre á quien tanto amaba sería el mismo que al barranco acudía todos los días, traspuso el portal.

Un hombre vestido de elegante casaca que le cubría todo el cuerpo y á quien la inocente alcarreña tomó por un potentado, salió á su encuentro.

—¿Qué quieres, joven?—la preguntó el portero, admirando la rústica belleza de Margarita.

—¿Está Octavio?—interrogó turbada la niña.

—¿El lacayo? sí, están enganchando, pues vá á salir de paseo el señorito.

Una oleada de sangre subió á la cabeza de Margarita, que con adorable orgullo, replicó:

—Yo no conozco al lacayo; es al señorito precisamente á quien quiero hablar.

—¿Al señorito?—preguntó con asombro el criado al ver la decisión de la encantadora muchacha.

—Sí, á Octavio, á Octavio que es mi novio;—dijo con altanería la orchana.

El portero no pudo reprimirse y prorumpió en una sonora careajada.

Margarita, herida en su amor propio, hubiera con gusto abofeteado al insolente; pero comprendiendo que ella necesitaba del concurso de aquel hombre para ver á su amante, dominó la indignación que le había producido el recibimiento del portero.

Este, enseguida comprendió que aquella modesta muchacha era algún trapicheo del hijo de su señor y compadeciéndose de la interesante Margarita, después

de rogarla pasara á la porteria y tomara asiento, la dijo:

—Como el señor marqués nos tiene ordenado que no pase nadie sin anunciarse y el no obedecer sus órdenes pudiera costarme el salir de esta casa, se me ocurre un medio para que fácilmente satisfagas tus deseos...

—¿Cual?—interrumpió con interés la agraciada joven.

—Te diré, ¿sabes hacer ramos de flores?

—Sí;—contestó Margarita sin comprender el fin de la pregunta.

—Pues entonces, bien; yo te llevaré al jardín por donde saldrá el señorito á tomar el coche y como si fueras una que ayudara al guarda á confeccionar los ramos, te entretienes en hacerlos y cuando salga...

Margarita hizo una señal de asentimiento, y aunque mortificada al notar las muchas contrariedades que sufría para ver á su amante, pasó al jardín.

Allí, más que en reunir flores, y las había de las más raras y estimadas por sus delicados matices y embriagadores aromas, Margarita tenía fijas las miradas en una

amplia escalinata de mármol, por donde la dijeron que no tardaría en bajar Octavio.

Este no se hizo esperar.

La figura del aristócrata se dibujó en la puerta que comunicaba á la escalera, pero no salió sólo; una elegantísima dama se apoyaba indolentemente en el brazo del joven y la pareja parecía sostener una animada conversación.

Margarita tuvo que reclinarse en una columna—que servía de pedestal á una estatua,—para no caerse; sus ojos se nublaron y el corazón parecía que se le saltaba del pecho.

Al ir á subir al coche, la improvisada florista, corrió á la portezuela, y poniéndose de rodillas, exclamó:

—¡Octavio mío!

El amante de la agraciada niña, suspenso por un instante, bien pronto se serenó y arrojando al suelo á la pobre muchacha, dijo á la elegante joven á quien acompañaba:

—Laura, no hagais caso, está loca la infeliz...

—Me he asustado mucho;—dijo la da-

ma, con apasionada coquetería, subiendo al lujoso *milord*.

—A la Castellana;—ordenó Octavio, con una impasibilidad que demostraba lo férrea que su voluntad era y lo poco que le importaba el amor y la suerte de la hermosa alcarreña, á quien tan miserablemente había engañado.



VIII.

CONTINÚA EL MISTERIO.

Veamos lo que sucedía en Orche durante este tiempo.

La inesperada noticia de la fuga de Margarita causó en sus paisanos la más sensible impresión.

Para honra del pueblo, en que se desarrollan tales acontecimientos, debemos decir que nunca se había visto allí suceso semejante, y apenas podían comprender, ni explicarse tan violenta desaparición, mucho más, tratándose de la hija de una de las más honradas y virtuosas familias de la villa.

Con pasmosa rapidez extendióse la fatal noticia por todo el pueblo, causando muy diferentes impresiones, que daban origen á los más animados comentarios y á las más extravagantes suposiciones.



Algunos empezaban á tener odio á la extraviada muchacha; los más se compadecían de ella.

El hecho era un acontecimiento notable, y como tal, las raras poéticas imaginaciones del pueblo, se torturaban inventando cantares alusivos á la huida de su paisana, con los que día y noche interrumpían el silencio de la escalonada cuesta, donde se levantaba la sencilla vivienda de Andrés.

Con gusto trasladaríamos aquí algunas de aquellas chispeantes canciones, que cual agudas saetas, traspasaban el corazón de Teófila; no lo hacemos, sin embargo; pero si consignaremos que hasta tal punto rayó el delirio contra la infortunada Margarita, que no pudiendo castigarla directamente quizás, aquellos rudos poetas, pedían sin cesar que públicamente se la declarase hija espúrea del pueblo.

¡Era natural! Aquella honrada y pacífica gente, no estaba acostumbrada á que sucesos de ningún género rompieran la monotonía en ellos habitual.

A esta exaltación de ánimos contribuyó no poco el Párroco de la villa, que im-

presionado también por el suceso, creyó oportuno para la salud espiritual de sus feligreses, dirigir una plática, en la que pintando con los más negros colores la conducta de Margarita, apartase de sus jóvenes parroquianos el pensamiento que otro día podría hacerles desertar de la casa paterna.

Víctimas Andrés y Teófila de tan rudos y sensibles contratiempos, apartados de su querida hija, y lo que es más, careciendo de noticias ciertas acerca de su paradero, no dormían, y si alguna vez el sueño les rendía por breves momentos, despertaban nerviosos, exhaltados y presos de gran agitación, no sabiendo, ni pudiendo hacer otra cosa que repetir á gritos el nombre de su hija.

—Busquémosla,—solía decir con frecuencia Andrés.

—¿Pero dónde?—preguntaba con desaliento su esposa.

No lo sabían.

Su situación era en extremo angustiosa y desesperada.

Miraron con diligencia cuantos rincones de la casa podían ser capaces de ence-

rrar el tesoro de su corazón; no estaba en ninguno de ellos.

Mil veces habían ido y tornado á casa de sus parientes y amigos, y todos contestaban:

—No la hemos visto.

Otras tantas también habían escrutado las afueras y las fuentes, que lejos del pueblo había visitado su hija; Margarita no parecía, para ellos se había muerto.

Como último recurso, Andrés dirigióse garrote en mano á la posesión del marqués de Lallana, sospechando que el hijo del senador, el vicioso joven, la tendría allí encerrada.

Iba dispuesto, si fuere necesario, á derramar la última gota de sangre hasta conseguir verse cerca de su hija y presentarla viva ó muerta á Teófila, que presa de continuos accidentes, perdía el juicio en algunos momentos, exclamando con dolorido acento:

—Ver á mi hija, y después morir.

Impresionado Andrés por estas circunstancias, y despreciando las palabras de los guardas, que intentaban impedirle el paso, presentóse ante el padre de Octavio,

y sin preámbulo de ningún género le habló así:

—Su hijo de usted es un miserable, un infame, ha seducido á mi Margarita, y tal vez la haya escondido en esta casa; si así fuera, es preciso que á todo trance esa hija se restituya á su padre, por que si no...

—Buen hombre, reprima y modere sus palabras; — interrumpió el Marqués.

—No me es posible.

—Antes de venir á esta casa debió cerciorarse de si en ella pudiera estar la que busca.

—De que es así, tengo la completa seguridad; — prorrumpió con energía el desgraciado padre.

—Pues mentís, porque no es Octavio un seductor vulgar, como usted quiere suponer; la infame será su hija, que con su refinada coquetería, ha inspirado á mi hijo un amor absurdo. Enardeciendo sus pasiones, le ha colocado en el borde de un precipicio; y sobre todo, á hombres tan atrevidos como usted, les desprecio, para que en lo sucesivo no vuelvan á turbar la quietud de ningun hombre noble;

—exclamó el Marqués; y en el acto, dándole un violento golpe, ordenó á sus criados arrojasen ignominiosamente de la casa á aquel osado, cuyo único delito era querer mucho á su bellísima Margarita.



IX.

PROPOSICIÓN ACEPTADA.

Mientras los padres de Margarita sufrían de tan cruel manera, entre tanto que Ricardo llegaba al paroxismo de la desesperación, al ver que había huído la mujer á quien con delirio quería, en el interin que todas y todos hacían mil conjeturas y tomaban como hechos reales lo que se forjaba la imaginación de algunos; la hermosa alcarreña ocupaba en el hospital una cama que la caridad oficial ofrece á los enfermos, que en su pobreza, no tienen recursos suficientes para pagar las visitas del médico y las recetas que éstos consideren necesarias para devolver la salud.

Ella no sabía quien la llevó al benéfico establecimiento, y por más que trataba de ayudar á su memoria, no recordaba otra

cosa que la terrible decepción, el bochorno, el desencanto que sufrió la tarde que entre hermosas flores y cual contraste se marchitó su alma.

Bien pronto supo por las hermanas de la caridad, heroínas que nunca serán lo bastante ponderadas, que en el libro de registros aparecía haber sido recogida en la calle del Almirante por los guardias municipales y trasladada al hospital general, cama número 57.

¡Qué vergüenza pasó la infeliz Margarita, cuando tuvo que decir su nombre para añadirlo á aquella partida!

¡Triste resultado de un amor loco, desgraciada consecuencia de una pasión nada noble...!

Ella que no quiso oír jamás al honrado joven que la ofrecía un hogar donde sería la reina y un apellido sin mancha; ella que se burló de los consejos de sus padres, sobre ella pesaban ahora desgarradores remordimientos que no endulzaban, sino que por el contrario aumentaban su afflictiva situación.

Margarita, de tanto sufrir moralmente, llegó á perder el sentimiento y los más

descabellados planes cruzaban en las horas de insomnio por la calenturienta imaginación de la alcarreña, que inclinada ya en la pendiente, estaba dispuesta á rodar al abismo.

La fatalidad, que con ensañamiento tan cruel perseguía á nuestra protagonista, vino á ayudarla en la presente ocasión.

Ya convaleciente, la despidieron del hospital y Margarita bien pronto, tuvo que mendigar de puerta en puerta el pan que pudiera sostener la vitalidad de su cuerpo.

Un día que no halló alma caritativa que la socorriera, se encontraba Margarita acurrucada en el dintel de una puerta, cuando un caballero envuelto en elegante gabán de pieles, pasó por su lado.

Margarita alargó la mano, diciendo:

—Una limosna, señor.

El transeunte sacó una moneda y fijándose en la hoyada belleza de la mendiga, ésta le sugirió un proyecto.

—¿Quieres trabajar y trabajando ganar dinero?—la preguntó el desconocido.

La hija de Andrés abrió desmesuradamente sus bellos ojos, faltos de expresión

por el continuo llorar, y no contestó; era tan raro, era tan extraño todo lo que le sucedía, que no se atrevió á decir nada.

—Contéstame;—insistió con cariño el caballero.

—¿Qué debo hacer?—preguntó con desconfianza Margarita.

—Pues muy sencillo: entrar en una compañía que estoy formando para un teatro de la República Argentina.

—¡Comedianta!..—exclamó la muchacha cayendo en profunda meditación.

El transeunte que tal idea brindó á la mendiga, se conoce no estaba para perder el tiempo, pues impaciente ya, la dijo:

—Te decides...

La iniciación de la lucha más cruel fué el pensamiento de aquel desconocido.

En un momento la alcarreña abarcó las conveniencias que para ella pudiera tener el resolverse.

—Vamos, ¿te decides?

—Acepto;—contestó con decisión Margarita.

Aquel generoso protector, aquel agente teatral, pensó en comerciar con la linda joven.

Desde aquel momento fué iniciada la hija de Andrés, en la más vergonzosa carrera, toda vez que prostituyendo el arte, el arte mismo había de servirla de escabel para ser desde aquel momento obsequiada y admirada.

¡Triste destino, el de nuestra bella protagonista!

Ya lo hemos dicho, Margarita era lista y bastaron pocas lecciones para llegar á ser una bailarina descocada y libre que haría ganar seguramente una buena fortuna á su empresario.

—Esto es lo que yo necesitaba;—decía muchas veces este último, admirando con mal disimulada alegría los progresos de la alcarreña.

Y ésta, cada vez más satisfecha de su primera resolución, bendecía á la casualidad que tan generosamente la había protegido.

—¡Seré rica...! No me faltará nada...

Y pocos meses después la hermosa alcarreña, impuesta perfectamente en las que iban á ser sus obligaciones y vestida con tanto lujo y elegancia—como aquella dama que diera el brazo á Octavio el día

de su llegada á Madrid,—subió ligera y juguetona la escalerilla de un soberbio buque anclado en el muelle de Cadiz, que pronto levó anclas llevando en su interior á nuestra bella protagonista, con rumbo á la República Argentina.



X.

TRIUNFOS.

La travesía no pudo ser más feliz.

Un tiempo hermoso, una mar tranquila y bonancible, concurrieron á que el majestuoso barco, cruzando las extensiones del agua, llegara á las Américas, sin que á bordo ocurriera detalle alguno adverso á nuestra heroína.

Durante el viaje, Margarita subía muchas veces á cubierta y ante aquel sublime é imponente espectáculo, ante aquella inmensidad de agua, que siempre inquieta, besaba con sus olas al barco, que se mecía magestuosamente; admirando tanta belleza, la artista traía á su memoria los seres que dejaba, alejándose más y más de su cariño y afección.

Su imaginación recorría con placer las escenas de su pueblo, saboreaba con fruic-

ción sus citas en el barranco, si bien maldiciendo á su antiguo amante, y cuando pensaba en Ricardo, en aquel robusto mo-
ceton, sin querer prorrumpía en sonoras
carcajadas, como burlándose de aquel, al
mismo tiempo que vigoroso y fuerte,
timido y cortado mancebo, que tanto pa-
recía amarla.

—Si me viera aquí;—se decía muchas ve-
ces la alcarreña, sobre todo al verse ase-
diada por un opulento inglés, que hacien-
do aquel viaje cuando nuestra protagonis-
ta, se enamoró perdidamente de la belle-
za de la hija de Teófila.

Y ésta, envanecida y halagada con tan-
tas deferencias y atenciones, hacia cálcu-
los sobre la fortuna de su pretendiente.

Maestra ya en la coquetería, rechazó
una y mil veces al importuno extranjero,
que cada vez más enamorado ante la des-
deñosa frialdad de la artista, por conquis-
tar y cambiar aquel desvío en afección,
la hacía ofrecimientos tentadores á nues-
tra hermosa heroína, presentaba á sus
pies, cual trofeo de admiración, fabulosas
cantidades.

No era posible sostener esta finjida ba-

talla, dadas las armas de que se valía su competidor; y Margarita, ducha ya por la experiencia, se rindió á las proposiciones del opulento compañero de viaje, que envanecido, satisfecho de su conquista cumplió fielmente sus promesas en cuanto desembarcaron.

Margarita fué rica, habitó en lujoso hotel, se vió rodeada de criados, y sus menores caprichos, aunque siempre costosísimos para su protector, eran satisfechos á la menor indicación de la encantadora artista española.

Su *debut* en el teatro fué una página del triunfo más halagüeño por lo espontáneo y entusiasta.

La sala presentaba un aspecto deslumbrador, ni un asiento vacío; todos los espectadores iban dispuestos á admirar, pues la belleza de la primera bailarina había sido el tema de la conversación de todos en los últimos días.

Todos también ansiaban llegara el momento de la presentación en el escenario de la ponderada artista.

A la terminación del espectáculo, el telón se levantó pausado y poco después

Margarita se presentaba en el proscenio deslumbrante y espléndida en su belleza, adorable en su hermosura.

Con maestría, tanto más admirable cuanto que su aprendizaje había sido muy corto, Margarita hizo evoluciones elegantísimas, cambios en que la agilidad y la gracia formaban hermosa pareja.

El baile terminó con gran dolor de los espectadores, que hubieran deseado su continuación.

Una ovación indescriptible, un aplauso general, sinnúmero de palomas y ramos de flores, saludaron á nuestra protagonista, que con graciosa sonrisa y con miradas capaces de enloquecer al más frío, saludaba á sus admiradores.

Todos los gemelos estaban fijos en aquella angelical criatura, cuyas formas irreprochables de correctísimo dibujo, veladas por ténues gasas, aumentaban el atractivo de lo que no se vé y solo se vislumbra.

Margarita, aunque conocía sus perfecciones, estaba muy lejos de esperar tan agradable recibimiento.

La hermosa alcarreña fué desde aquel

día la mujer de moda y por ella se desviaban los más ricos y opulentos señores de la colonia.

La hija de Andrés arruinó á varios, amargó la dulce placidez de muchas familias y su sed de riquezas parecía aumentarse á medida que crecía su fama.

Suicidios, duelos y ruinas imprevistas, eran los tristes resultados que alcanzaban y conseguían los escogidos por la hija de Teófila para gozar de un día de placer, cuyo amargo fin iba acompañado por las más desastrosas consecuencias.

Margarita recorrió, cual senda sembrada de flores, las más importantes capitales de América, siempre rodeada de un séquito de admiradores que dispuestos estaban á todo, con tal de recibir en premio de sus sacrificios, á veces de las vejaciones más groseras, una sonrisa de aquella boca, cuyos labios finos imitaban el capullo de una rosa antes de abrir sus pétalos al beso del sol y á las caricias del rocío.

En una de aquellas manifestaciones que diariamente recibía en el teatro y en una noche que la nostalgia del triunfo parecía

atormentar su alma, al ver la tarjeta de un joven aristócrata que la regalaba artístico *bouquet*, cruzó por su memoria el recuerdo de su familia.

Aquel admirador tenía por nombre el de Andrés.

—Así se llama mi padre;—dijo la artista, y en su rostro encantador se marcó un gesto de remordimiento.

—¡Cuánto se alegrarían y cuánto agradecerían un recuerdo mío!—exclamó Margarita, y obedeciendo á un impulso tan generoso como espontáneo, sacó de una lujosa caja un elegante plieguecillo y un sobre; y nerviosa trasladó al papel lo que su corazón sentía, para aquellos infelices labradores que la dieron el sér.

Sorprendida en el acto de empezar la carta, escribió solo unas cuantas palabras, impidiendo el visitante con su poca oportunidad, que aquella misiva fuera un consuelo para Andrés y Teófila.

—¡Siempre esclava, siendo reina!—exclamó para sí la bailarina cerrando el sobre y poniendo las señas.

Los dedos de marfil de la alcarreña opri-
mieron un botón y al criado que se puso

á las órdenes de la artista, dándole la carta, le dijo:

—Para el correo.

Y poco después, recostada en lujoso diván, conversaba apasionadamente con aquel que con su entrada en el cuarto había sido el obstáculo inconsciente de que Margarita cumpliera sus deberes de buena hija.

Y apesar de esto, su admirador recibió los favores de aquella mujer, que no conocía el pudor, de aquella desgraciada que vendía sus caricias á precios fabulosos.

Tan voluble, como caprichosa, no conocía el amor, sino que se valía del que su belleza y encantos inspiraba, para presentarse y hacerse valer en el mercado de la impudicia y del desenfreno.

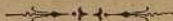
Ambiciosa por temperamento, su afán era brillar, y para ello necesitaba mucho oro.

Nada le bastaba, porque no solo quería el presente, quería brillar también en el porvenir.

¡Pobre mariposa, revoloteaba al rededor del fuego y cada vez su belleza perdía más en frescura y encantos!

Porque no impunemente se puede jugar con la naturaleza.

Y la de nuestra heroina era una flor que en vez de alcanzar mayor lozania iba cada día perdiendo más; mustia ya, amenazaba marchitarse pronto.



X

PENUMBRAS.

Los pueblos en general son tan fáciles y prontos para recibir impresiones, como para dejar en el más absoluto olvido aquello por lo que días antes hubieran sacrificado vidas y haciendas.

Este modo de proceder, forma casi naturaleza, dentro de nuestro modo de ser.

Obedeciendo á la voz del sentimiento, hacemos caso omiso de los dictados de la razón.

El vulgo de Orche no se ocupaba ya de la borrascosa historia de Margarita; la había olvidado; pero el recuerdo de la fuga de la adorable muchacha iba minando profundamente la salud,—ya que había robado la dulce tranquilidad, de la cual antes disfrutaban,—de tres personas que, víctimas de la misma desgracia, esta-

ban próximas á sucumbir bajo el enorme peso de la pérdida total de una esperanza que al realizarse, hubiera hecho seguramente su felicidad.

Andrés, Teófila y Ricardo habían enfermado.

El primero por la desesperación del padre que ha perdido á su hija; Teófila lo estaba tambien física y moralmente, pues hacía tiempo que se encontraba en cama desvalida y triste, perdiendo á veces la conciencia de sus actos; Ricardo sufría el yugo de los celos, éstos le habían hecho sucumbir y á veces acudían á su pensamiento ideas siniestras, pronunciando entonces palabras incoherentes y ejecutando actos, propios solamente de un idiota.

¡Qué triste situación la de aquellos tres seres, que veían dolorosamente trascurrir el tiempo, sin saber noticia alguna que á Margarita se refiriera!

Teresa, madre de Ricardo, á quien tan de cerca interesaban las noticias que con alguna veracidad se refirieran á la hija de su amiga Teófila, todas las mañanas á la hora del correo iba á casa de ésta, en busca de gratas impresiones.

Siempre regresaba con un dolor más, pues su convecina se agravaba por momentos en aquella enfermedad, que sobreponiéndose á las muchísimas medicinas, con las que trataban de devolverla la salud, persistía tenaz, devorando aquel cuerpo, sin energía y sin vitalidad propias, para el que el mundo había perdido todos sus atractivos.

Por fin llegó el ansiado día.

Teófila había pasado la noche bastante sosegada y algunos rayos de luz, que con trabajo habían logrado penetrar por los resquicios de la ventana, herían su demacrado rostro, como si quisieran resucitar en él su antigua viveza y dulce expresión.

La madre de Margarita estaba desconocida.

En pocos meses aquella mujer había cambiado radicalmente.

A la sazón la enferma traía á su memoria sus primeros años de matrimonio, el contento con que recibieron la venida al mundo de aquella niña, que más tarde había de ser la que con su ingratitud y deplorable conducta, fuera causa de la muerte de su madre.

Teófila no comprendía como había llegado á tal estado de postración.

En estos instantes Andrés, que se preparaba para salir de su casa, fué detenido por el encargado de la correspondencia en el pueblo, quien le entregó una carta encerrada en elegante sobre.

Por interpretar equivocadamente la dirección de la misiva, habíase hecho necesario que el cartero se enterase del asunto en ella expresado, y de este modo cerciorarse de la persona á quien venía destinada.

La carta estaba concebida en estos concisos términos:

República Argentina, Febrero 20.

Dichosa y feliz bajo todos conceptos, os saluda vuestra hija

MARGARITA.

Alegría al principio y honda pena luego, produjo en el ánimo de Andrés la lectura de estas palabras, escritas indudablemente por la mano de su misma hija.

Honda pena sí, porque por más que torturaba su imaginación aquel infeliz labrador no se explicaba la causa de por qué

Margarita no les hubiera dedicado siquiera una palabra cariñosa, que ello hubiera halagado muy mucho á aquellos pobres padres.

Antes de participar á su mujer la existencia de su hija y mostrarla la expresión del estado en que aquella se encontraba, Andrés se vió rodeado de multitud de personas que, sabedores de lo que ocurría, querían ver por sus propios ojos lo que tantas veces habían tenido por imposible.

Y con esto volvieron á renacer en el pueblo antiguos reproches para su paisana.

—Dichosa y feliz,—se decía Ricardo;—esto me indica que ya ha contraído matrimonio;—y el pobre muchacho se desesperaba ante la idea de que sus sospechas fueran verdad.

Teófila, después de algunas palabras que prepararon convenientemente su ánimo, recibió la carta por tanto tiempo anhelada, y tomando en sus trémulas manos el pliego, llevó su vista á las palabras escritas por Margarita, palabras que reflejando en sí la imagen de la desnaturalizada

hija, hicieron rodar gruesas lágrimas por el macilento rostro de aquella madre enferma, que sin fuerzas para resistir el rudo golpe que en sí encerraban tan áridas frases, cayó desplomada sobre el lecho, víctima de un síncope, en el que permaneció largo tiempo, oprimiendo con una mano la carta contra el corazón y arrancándose con otra sus enmarañados cabellos.



XII.

UNA VISITA INESPERADA.

Seis años empleó la alcarreña en sus expediciones artísticas por América y la cuenta corriente puesta á su nombre en el Banco Español, aumentaba á medida que disminuía y se ajaba la belleza de su rostro, aquella hermosura que fué el entusiasmo y la admiración de cuantos la vieron.

No detallaremos aquí, por creerlo innecesario, los triunfos conseguidos por nuestra protagonista.

Sin embargo, la adorable artista, en sus últimas expediciones, pasó casi desapercibida.

Margarita comprendía que iba perdiendo según los días trascurrían y su tocador antes sencillo, era hoy un conjunto de pastas, esencias, tinturas y cosméticos

que la devolvían por breves horas el esplendor y fragancia que su delicado cutis gozaba en años anteriores.

La diosa venerada, la reina ostentosa que fué, ahora era casi conocida, lo que hería muy mucho su amor propio, envanecido ante tantas pruebas como había recibido de la adoración de sus admiradores.

Y al cabo de seis años de gloria continua y de triunfos no interrumpidos, Margarita se embarcaba con dirección á la península, acompañada de su doncella más antigua y despedida solamente por media docena de buenos amigos, que sentían la marcha de aquella estrella del arte y simpática mujer.

Ni el empresario, ni el administrador, á quienes tanto dinero proporcionó la adorable *diva*, se acordaron de cumplir con esta muestra de cortesía y agradecimiento.

Otra decepción parecida á la que sufrió de Octavio, si bien ésta no la afectó tanto como aquella.

Ahora ya conocía el mundo y sus veleidades y este mismo contraste de la conducta que con ella seguían ayer, al pro-

ceder de hoy, la hizo que se acordara con insistencia de sus padres, de Ricardo, de su pueblo y entonces trató de balbucear una oración, ya olvidada, pidiendo á la Virgen de la Soledad, rogando á la patrona de sus paisanos un viaje de retorno á su patria tan feliz como lo fué el que hizo saliendo de Cadiz para la República Argentina.

* * *

Dejemos á nuestra protagonista de regreso á su patria y veamos lo que pasó en aquel largo espacio de tiempo, al amante de la alcarreña, al joven Octavio de Lallana.

En los seis años trascurridos, el ilustre senador había muerto víctima de los infinitos disgustos que su hijo le proporcionara, y su pobre madre, huyendo de aquella fiera, se refugió en unas fincas que ella poseía en Aragón.

No quería aquella pobre viuda, ser testigo de las locuras de su hijo, al que presagió un funesto desenlace.

—Reparos insensatos;—contestó insolentemente Octavio á los consejos y ad-

vertencias que su madre le diera al despedirse.

Bien pronto se realizaron tan tristes presagios.

Octavio derrochó en muy poco tiempo toda la fortuna que heredara de su padre, el marqués, y á la presente, cuando volvemos á presentarle á nuestros lectores, el hijo de Lallana, estaba completamente arruinado.

El antiguo amante de Margarita, acababa de levantarse y se encontraba sentada en su despacho, apoyada la cabeza sobre las manos y en profunda meditación.

Una tosecilla seca le molestaba continuamente y de su pecho subia á su garganta un ronquido que demostraba á las claras la enfermedad que consumía, mirando continuamente, aquella naturaleza gastada por el abuso de los vicios más repugnantes.

De pronto levantó la cabeza y sus ojos faltos de brillo y expresión, miraron hacia la puerta del despacho, por la que entraba el murmullo de dos personas que hablaban.

—¡Si fuera algún comprador!—exclamó

Octavio;—es lo único que me salvaría, si no...—y al interrumpirse el gastado joven, acariciaba con sus manos una elegante pistola.

El criado levantó un pesado cortinón y haciendo una reverencia, dijo:

—Una señora desea ser recibida por usted.

—¿Ha dicho su nombre...?

—No, señor marqués.

Después de pensar aunque inutilmente en quién pudiera ser aquella dama, Octavio dió orden de que pasara.

Un momento más tarde se presentaba en el despacho una mujer con sencilla elegancia vestida de luto y cuyo espeso velo, haciendo gracioso cogido ocultaba por completo el rostro de la dama.

La distinción y los finos modales de la desconocida, pudo notarlos el arruinado aristócrata á las primeras palabras que entre los dos se cruzaron.

Octavio ansiaba admirar la cara de la enlutada, que á juzgar por la esbeltez y la encantadora gracia de su cuerpo, supuso fuera bellísima.

—La casualidad me ha hecho saber que

vendeis una posesión en la Alcarria y vengo á comprarla.

Octavio dió un salto en la butaca donde se encontraba sentado; tan ajeno estaba entonces á aquella venta que era su salvación.

—¿No os burlais?—preguntó con orgullosa humildad el marqués.

—Nada de eso, tanto es así que vengo dispuesta á hacer el contrato.

—El precio....

—Me conviene cualquiera que sea.

—Podría saber el nombre de tan generosa y desprendida....

La desconocida levantó el velo que la cubría.

—¡Margarita!—exclamó Octavio.

—La misma;—contestó sonriéndose al ver el efecto que en su antiguo amante produjo su presentación.



XIII.

TRÁGICO FIN.

Octavio estaba muy lejos de suponer que la sencilla alcarreña á quien tan miserablemente sedujo, pudiera en el poco tiempo transcurrido haber hecho una fortuna tan considerable.

Desde aquel momento la única idea que torturaba el cerebro del gastado joven, era la de apoderarse por cualquier medio de las riquezas de su antigua amante.

—Si es necesario apelaré al crimen, con tal de conseguir mi objeto;—se decía el perverso Octavio, y sus ojillos grises se animaban excitados por la codicia.

El marqués de Lallana pasó unas cuantas horas en el tocador; presuntuoso de los recursos de su palabra, quería ayudarla, aparentando una lozania y juventud que estaba muy distante de poseer.

Al mirarse al espejo y recreándose en su obra, decía:

—Mi suerte se juega hoy; esta noche acudiré á la comida á que me ha invitado; tierna paloma que llama con inocencia al gavián, puede que éste haciendo alguna de las suyas, destroce entre sus garras á la infeliz que tiene la osadía de ponerse á su alcance.

Y animado de tan perversas intenciones, Octavio Lallana marchó al Hotel donde se hospedaba Margarita.

Con el fin de estar con más libertad é independencia, se dirigieron ambos amantes á una lujosa fonda, donde pidieron un gabinete particular.

Octavio acostumbrado á aquellas franquicias, demostró su experiencia haciendo el *menú* de la comida.

Los platos más exquisitos y delicados en combinación con los vinos más selectos y de las mejores marcas, ofrecían á los comensales un banquete con el que seguramente quedaría satisfecho el gastrónomo más exigente.

Tanto Margarita como Octavio, hicieron gran honor á la comida y excitados

por los vinos la conversación no decaía un instante.

Aprovechando un movimiento de Octavio, Margarita vertió el contenido de un pomo, que llevaba en el bolsillo, sobre una copa, y llenándola de Burdeos se la ofreció á su amante.

Este apuró el contenido diciendo:

—Por nuestro amor.

—Que será eterno;—contestó la alca-reña.

Octavio que se sentía con una gran pesadez de cabeza, pagó la cuenta y sentándose al lado de su amante abordó de frente lo que tanto le interesaba.

Después de llevar la conversación con suma habilidad al asunto que le convenía, el joven Lallana preguntó:

—¿Toda tu fortuna la tienes en efectivo?

—Toda, ha sido un capricho; éstas llaves encierran el fruto de mi excursión por el nuevo mundo;—y al decir esto sacó del bolsillo un llavero que arrebató de sus manos el aristócrata.

Este cada vez se sentía peor, una palidez intensa se apoderó de su rostro, y sus venas parecían querían saltarse.

A la hija de Andrés no le pasó desapercibida esta crisis que sufría su antiguo seductor.

Viendo éste que sus fuerzas decaían por instantes y creyendo fuesen los vinos, de los que había abusado, consideró preciso aprovechar el tiempo, ya que las llaves estaban en su poder, y sacando un puñal trató de asestar certero golpe sobre Margarita, que retirándose á un lado puso delante de él la distancia ocupada por la mesa.

—Ya eres mía y morirás;—dijo con ronco acento el marqués, echando espuma por la boca y con los ojos inyectados en sangre.

Margarita esperando el resultado de algo, miraba con zozobra á su perseguidor, de quien se libraba dando vueltas alrededor de la mesa.

En uno de aquellos rápidos movimientos, Octavio logró cojer de un brazo á su víctima.

Margarita se sintió vencida y un temblor nervioso se apoderó de su cuerpo.

—¡Perdón, no me mates!—exclamó con suplicante acento la bailarina.

—No puede ser; —dijo Octavio levantando el puñal sobre la cabeza de Margarita;—yo no desaprovecho las ocasiones si es la fortuna quien me las brinda.

Y en el momento de ir á pegar el golpe, el antiguo amante de la alcarreña cayó de bruces sobre la alfombra, como herido por un rayo, arrojando con abundancia sangre por la boca.

—¡Me he vengado!—exclamó la bailarina recogiendo de las manos crispadas del moribundo las llaves que poco antes significaban la fortuna del marqués de Lallana.

Dos horas después, y cuando el camaretero entró á recoger los servicios en el comedor, teatro poco antes de la terrible escena que acabamos de relatar, sorprendido y horrorizado quedó del espectáculo que tenía ante su vista.

—¡Un crimen! ¡Un hombre asesinado!—salió gritando el criado como un loco por toda la fonda.

Ante esta anterradora noticia pronto la habitación en que antes resonaban alegres carcajadas, se vió invadida por multitud de curiosos.

Y poco después por la policía, que en vano luchó por desalojar el local, donde revolcado en su propia sangre estaba el cuerpo del amante de Margarita.



XIV.

REVELACIÓN.

El cuerpo del desventurado marqués, puesto con sumo cuidado en una camilla, fué trasladado inmediatamente á la más próxima casa de socorro.

Allí fué reconocido detenidamente por los médicos, los que no encontrando lesión exterior de ningún género, supusieron al principio que el desgraciado Octavio había muerto de un vómito de sangre, presunción nada extraña, si no por el contrario muy racional, dado el estado patológico del infortunado Lallana.

El juez de guardia que acudió inmediatamente al lugar del suceso, mandó registraran las ropas del muerto y pronto se supo quién era el que tan trágico fin había tenido.

Instruidas las primeras diligencias en

el cuarto de la fonda, poco antes teatro de tan terrible como repugnante escena, el juzgado se trasladó á la casa de socorro, donde ya estaba el médico forense, viejo gruñón, que no se molestaba por nada en este mundo.

—Usted siempre el último, por no perder la costumbre;—le dijo el juez.

—Estaba jugando mi partida de dominó, que no interrumpo así se muera toda la humanidad....

—Con tal que quede vivo su contrincente;—repuso jovialmente el inspector de policía.

De pronto, uno de los médicos que no había dejado de examinar al difunto marqués, exclamó:

—Este hombre, no hay duda de ningún género, ha muerto envenenado.

—¿Envenenado....?—interrogó el individuo del poder judicial.

—Sí;—contestó el doctor, y esta afirmación fué ratificada por todos los compañeros, á excepción hecha del forense, que sostenía que todo eran visiones de sus colegas.

—El veneno ha dejado sus huellas.

—No se necesita gran experiencia para verlo.

Al hacer este exámen, el envenenado hizo un ligero movimiento, así como un débil estremecimiento que no pasó desapercibido para las personas, que con tan triste motivo estaban allí reunidas.

—¡Vive!—exclamó el joven galeno.

—Pero será dos ó tres minutos solamente;—dijo otro tomando el pulso al desgraciado Lallana.

Al oír estas palabras, todos rodearon al infortunado aristócrata.

Hasta en la cara mofletuda y colorada del forense, se retrató la curiosidad.

El juez que se acercó inmediatamente á la cabecera del moribundo, le preguntó:

—¿Sabeis quién os ha envenenado...?

Octavio abrió desmesuradamente los ojos é hizo una señal de asentimiento.

—¿Y su nombre?—interrogó con ansiedad el representante de la ley.

El jefe de policía acercó su rostro, hasta tocar casi la cara de Lallana.

Este, con voz débil, pero clara, contestó:

—Marga...ri...ta la alcarre...ña...

—¡Es bastante!—prorrumpió el jefe de policía.

Octavio no habló más.

Sus músculos se dilataron y después se contrajeron violentamente; en sus labios se dibujó una mancha negro-rojiza y dando un gran suspiro, el marqués de Lallana dejó de existir.

Las últimas palabras dichas por el agonizante, dando más valor á las declaraciones hechas poco antes por los médicos, fueron la iniciación de un proceso en el que jugaba como víctima el poseedor de uno de los más antiguos títulos de nobleza, y como autora una mujer, detalles ambos que habían de dar mucha resonancia á la causa.

Y bajo la base de que la envenenadora se llamaba Margarita y que era de la Alcarría ó por este sobrenombre se la conocía, empezaron á hacer pesquisas, animados de que el éxito coronaría sus esfuerzos y trabajos.

Una infinidad de pistas comenzaron y todas tuvieron que abandonarlas sin conseguir dar con la matadora del marqués de Lallana.

Pero la policía no cejaba en sus averiguaciones, ni se desanimaba ante la poca fortuna de sus desvelos.

Muy por el contrario, cada vez más interesados en conseguir sus propósitos, seguían sus pesquisas con fé y entusiasmo dignos de aplauso.

—Aseguramos que tarde ó temprano,—decían,— caerá en nuestras manos para subir al patíbulo.

* * *

Cuando estos hechos ocurrían, la madre de Margarita era allá en su pueblo presa de una de las más horribles pesadillas.

En vano trataba la pobre mujer de borrar de su imaginación el recuerdo de lo que dormida había visto.

Soñaba también despierta.

—¡Está predestinada!— exclamaba con doloroso acento la mujer de Andrés;— sí, sí, subirá al patíbulo, porque este horrible artefacto de la justicia social fué una visión que yo tuve al día siguiente de venir al mundo Margarita.

Teófila quiso pedir auxilio; la fiebre de-

voraba aquel cuerpo ya en sus postimerías.

Las frases se negaban á salir de sus labios....

*
**

Entre tanto, la prensa, apoderándose de asunto tan interesante, había hecho popular en toda España, el nombre tristemente célebre, de nuestra bella protagonista.



XV.

UN NUEVO CONOCIDO.

La que hacía algunos años ardía en amores por Octavio y la que oía impasible la murmuración de sus paisanos; aquella que despreció los consejos de sus padres y los abandonó por acercarse al hombre que llenaba por completo su cariño, había de ser la misma que pocos años después envenenara á su antiguo amante.

Margarita se había vengado y al ver ejecutada su venganza, había sentido la satisfacción del que se hace justicia á sí propio.

Pero la alcarreña no pensó en las consecuencias, que de ejecutar su resolución habían de pesar sobre ella.

Margarita recordó solamente la conducta de su seductor y la encontró digna de tan terrible castigo.

La bailarina se había vengado de aquel que primero la engañó villanamente fingiéndola un amor, que no era más que el deseo de satisfacer brutales apetitos, del que más tarde sufrió la decepción de ser miserablemente rechazada, de aquel que recientemente había tratado de asesinarla y por este medio, apoderarse después de su fortuna y con ella triunfar y volver otra vez de lleno á la vida licenciosa á que tan habituado estaba.

Y con estas razones Margarita respondía á los reproches de su conciencia que protestaba.

La alcarreña no se inmutó al ver la repugnante figura de Octavio, que se revolvió en el suelo, lanzando al propio tiempo, horribles blasfemias, que salían de sus labios amoratados, cual débiles gemidos de un condenado.

—Lo tenías merecido;—dijo la hija de Andrés, con desdeñosa severidad, dirigiendo una última mirada, al que creyó cadáver del marqués de Lallana.

Margarita salió del gabinete y miró recelosamente.

Temía encontrarse con alguien.

La casualidad ó la suerte guió á nuestra protagonista por un pasillo, alumbrado débilmente por un mechero de gas.

Aquel pasillo era una salida de servicio para la fonda.

La alcarreña se vió en la calle, sin ser vista por nadie.

Sus pulmones se dilataron y respiró con libertad.

Empezaba á sufrir el miedo que acompaña al remordimiento.

Sintió que sus piernas vacilaban, que se la nublaban los ojos.

Margarita tomó un coche y se dirigió al hotel donde se hospedaba.

En el trayecto lloró y aquellas lágrimas despejaron su cabeza y desahogaron su corazón.

Cuando llegó á la fonda se encontraba mejor.

Había sido una crisis nerviosa tan intensa como pasajera.

Varias veces durante la noche se repitieron tan dolorosas impresiones, impidiéndola conciliar el sueño.

Margarita concilió el sueño cuando empezaba á entrar la claridad de la auro-

ra por entre los resquicios del balcón de su dormitorio.

Aquel sueño reparó sus rendidas fuerzas y tranquilizó muy mucho su espíritu exaltado.

Cuando se levantó y al empezar á hacer su *toilette*, se miró al espejo, notó que una gran palidez se había apoderado de su rostro haciendo más interesante su belleza.

Poco después de almorzar mandó recoger su equipaje y lo facturaran, pagó la cuenta y tomó un coche en el que subió también su doncella.

Esta, acostumbrada á obedecer sin replicar las órdenes de su señora, no se atrevió á preguntar siquiera la razón de aquel viaje tan precipitado.

Poco después llegaron á la estación del Mediodía y tomaron dos billetes de primera para Guadalajara.

Al bajar del coche Margarita, un joven llegaba también á la estación.

Al ver á la bailarina quedó un momento admirado y exclamó:

— ¡Hermosa mujer!

Nuestra heroína y su doncella tomaron

asiento en el departamento reservado para señoras.

El que las había seguido, hizo un gesto de contrariedad.

—No puedo verla de cerca, ¡qué cara tan interesante! De qué modo me valdría yo para ir con ella?—se preguntaba el desconocido admirador de Margarita.

El joven tendría unos veintitres años, su cara de un perfil bastante correcto, aunque de facciones pronunciadas, tenía una expresión de dulzura, que hacía más simpática su fisonomía.

El viajero se paseaba pensativo por el andén.

De pronto sus ojos se animaron y en sus labios se dibujó una sonrisa.

—Ellas van solas en el departamento, la suerte me favorece. Haré lo que he pensado.

En aquél momento la máquina dió un silbido sostenido y penetrante.

El tren se puso en marcha.

Nuestro desconocido que se encontraba al extremo del andén, corrió y se asió fuertemente á la manivela de un wagón, en el que entró pocos momentos después.

—No era este el medio que yo pensaba;
—dijo para sí el viajero;—pero lo acepto
con gusto.

El joven había embarcado en el mismo
departamento donde iban Margarita y su
doncella.



XVI.

ASALTO Y VICTORIA.

Las viajeras, al ver entrar al joven en el coche que ocupaban, cuando el tren ya estaba en marcha, sintieron miedo.

Desconocían las intenciones de aquel hombre que tan inesperadamente y sin el consentimiento de nadie asaltaba el wagón.

—Caballero, siento decirle que debe usted estar equivocado; éste es un reservado de señoras;—dijo emocionada Margarita, apesar de que tenía una gran fuerza de voluntad y un gran dominio sobre sí misma, para imponerse aun en las situaciones más difíciles.

—Yo supongo perdonará usted mi indiscrección, pero como el tren llevaba ya una gran velocidad y yo, señora, tengo muy poco de gimnasta, el temor al peli-

gro á que seguramente me expondría mi torpeza, me obliga á suplicarla hospitalidad hasta la próxima estación;—replicó el viajero con cómico gracejo.

Y nuestro desconocido obedeciendo á una señal de asentimiento de Margarita, tomó asiento frente á ésta.

A las primeras palabras que se cruzaron entre la alcarreña y el joven, éste se consideró dueño de la situación.

Efectivamente: fino y correcto hasta la exageración, en extremo simpático, elegante sin afectación y de una conversación agradabilísima, el admirador de la bailarina produjo en ésta tan buen efecto, que bien pronto la primera impresión de miedo se borró, para iniciarse entre los dos una cordialidad tan sincera como franca y afectuosa.

El diálogo iba animándose cada vez más.

La adorable viajera se sonreía con frecuencia, dejando entrever una dentadura encantadora.

El joven no tenía que hacer grandes esfuerzos, ni torturar en lo más mínimo su imaginación, pues dado el talento de su

compañera de viaje, la conversación no decaía.

Y el desconocido, animado por la belleza de Margarita y por el recibimiento que ésta le había hecho, estuvo decidor, gracioso.

Poco antes de llegar á la estación inmediata, el joven cogió los cartelitos que fuera del wagón indicaban que aquel departamento era reservado, y los metió en el coche.

—¡Magnífica idea!--exclamó la bailarina.

—Así no tengo que molestarme cambiando de departamento y no incurro en la pena, para mí afflictiva, de tener que separarme de usted;—y al decir esto el interlocutor de la alcarreña, envolvía á ésta en una de esas miradas que indican una pasión amorosa, tan vehemente como espontánea.

La bailarina estaba acostumbrada á esta clase de triunfos; aquel joven era una conquista más que podía añadir al sin número de las hechas desde que salió de su pueblo.

Y á la verdad, si bien la interesó aquel elegante viajero que de tan novelesca manera ante ella se había presentado, no por

ello sintió en su corazón nada que con el amor pudiera relacionarse.

¿Amar Margarita? ¡Qué locura!

Escéptica, en tan controvvertido sentimiento, la alcarreña no amó más que una vez, pero de una manera tan loca é impetuosa, que en su irreflexión, aquel amor fué la causa de separarse de sus padres y cambiar por completo el porvenir que en su pueblo la esperara.

Y aquel que recibió con inefable placer los besos apasionados de Margarita, era ya cadáver, había muerto á causa del veneno suministrado por aquellas manos, que tantas veces en otro tiempo, acariciaron la barba sedosa del aristócrata.

Al llegar ya cerca del término de su viaje y cuando el diálogo parecía seguir en su apogeo, Margarita se inmutó, no pasando desapercibido para el joven, el efecto que en su hermosa compañera de viaje habían producido sus palabras.

La conversación, girando en varios sentidos, tomó por lema el asesinato cometido la noche anterior en la persona del marqués de Lallana.

Los periódicos de aquel día llenaban va-

rias columnas dando curiosos detalles sobre el crimen.

—No hable usted de tan tristes cosas;— interrumpió con acento suplicante la bailarina.

—Es raro;—dijo para sí el viajero, y rápida como un relámpago acudió á la mente del joven una idea siniestra, que desechó al momento.

No fué preciso obedecer los deseos de Margarita; la locomotora pedía freno y poco después el tren, pausada y magestuosamente entró en la estación de Guadalajara.

El joven sacó de su elegante cartera una tarjeta y se la entregó á Margarita, despidiéndose afectuosamente.

La alcarreña miró distraidamente la tarjeta y leyó: Emilio Rodriguez Santa Marta. Abogado.

Este, al separarse, exclamó para sí:

—Ni aunque hubiera sido ella la autora, podía suponer que la produjesen tan gran efecto mis palabras sobre el crimen de anoche. Rarezas de mujer... pero de mujer hermosa.

Las facciones de la bailarina habían

quedado grabadas en la imaginación del joven letrado.

Y poco más tarde un coche particular conducía á Margarita y á su doncella al pueblo que fué testigo de la infancia de la hermosa alcarreña y ya allí, tomaron casa, excitando la venida de aquellas dos forasteras la curiosidad de los orchanos, que únicamente sabían, que la recién llegada era una mujer muy elegante, tan joven como guapa é inmensamente rica.



XVII

ANHELOS



Margarita se instaló en una de las mejores casas del pueblo, casa que pocos días más tarde compró con generosa esplendidez.

Como era natural la venida de aquellas dos mujeres desconocidas despertó la curiosidad de los orehanos.

Las vecinas de las casas inmediatas á la en que habitaba la bailarina, hacían los más animados comentarios.

—Debe ser muy rica;—decía una.

—Ya lo creo, no hay más que ver los trajes que viste;—interpelaba otra.

—Y muy caritativa...

—A todos los pobres les dá limosna;—añadía una tercera.

—Pero, ¿quién será esa mujer?—se inte-

rrogaban todas, sin que ninguna pudiera satisfacer la pregunta.

En la morada de nuestra protagonista no entraba nadie; solo cuando empezó á hacer gestiones para la compra de la misma, un joven, hijo de uno de los más acaudalados propietarios del pueblo, era el único que podía envanecerse de pasar los umbrales de aquella casa y frecuentar el trato de la bella desconocida.

De Raimundo,—así se llamaba el distinguido por la amistad de Margarita,—se valió ésta para saber de sus padres y preparar en el ánimo de aquellos desgraciados los efectos de una entrevista que prometía ser interesante.

La hija de Andrés quería que su primera visita fuese para aquellos á quienes debía la existencia, y apesar de la natural impaciencia que por cumplir tan grato deber ella tenía, la contuvo siempre el mal estado de la salud de Teófila, que cada día estaba más grave.

—¡Hoy tampoco!—exclamaba sollozando Margarita.

—Esperar á ver si mejora; una emoción grande podría concluir con su vida;—la

aconsejaba con verdadera afección Raimundo.

—Tengo tantos deseos de abrazarla...

—Ya cumplirá usted esos deseos que la honran y enaltecen.

En esta situación se encontraban nuestros personajes y pasaban los días y las noticias cada vez eran más desconsoladoras.

Teófila no adelantaba; en cambio cada hora que trascurría era mayor la impaciencia de aquella hija que había vuelto á Orche con el solo y único objeto de reconciliarse con sus padres.

—¿Si me prenderán antes de que satisfaga mis anhelos?—se preguntaba la envenenadora al devorar las reseñas que sobre el asesinato de Octavio traían los periódicos.

Margarita sabía que su amante no había muerto en la fonda, como ella creyó al principio, sino que todavía su vida duró lo bastante para que el juez supiera de labios del moribundo el nombre y quizás detalles todavía más precisos, respecto á la persona de la criminal.

Y la alcarreña, como si cansada de su

vida anterior tuviera crueles remordimientos, parecía como que ansiaba que llegara el momento de presentarse á dar cuenta de su crimen ante el tribunal y que éste la impusiera la pena á que se había hecho acreedora por el delito cometido.

Y como si en el alma de Margarita brillara con todo su esplendor la idea de la justicia y de la reparación que exigía la sociedad lastimada, se la oía exclamar:

—Ver á mis padres, abrazarles, recibir su perdón y después, ¡oh! después yo misma me presentaré á mis perseguidores.



XVIII

HUÉRFANA Y PRESA

Por fin llegó el ansiado día.

La madre de la bailarina había pasado una noche tan angustiosa, que comprendiendo el médico, que aquella naturaleza gastada por largos é intensos padecimientos morales y por una enfermedad de gravísimo pronóstico desde su iniciación, no podría resistir más, aconsejó la conveniencia, por no decir la necesidad, de cumplir los últimos deberes que la religión impone para alcanzar más fácilmente el premio á los justos prometido.

Cuando Margarita supo de labios de su confidente tan desagradable noticia, no pudo ya reprimir su impaciencia, y con los ojos anegados en lágrimas y con el cabello suelto, que ondeando con libertad aumen-

taba la belleza de la alcarreña, como una loca corrió á la morada de su madre.

Teófila, reclinada en el lecho sobre unas almohadas, había terminado la confesión sincera y última de un alma fervorosamente cristiana.

A un lado su esposo y al otro el sacerdote la daban saludables consejos y la rogaban se resignara.

—Imposible, quiero, pero no puedo...

—Pues querer es poder en muchas ocasiones,—replicó el ministro del Señor.

—Morir, no me importa, pero sin ver á mi hija...—y la enferma al decir esto lloraba con desgarradora aflicción.

En aquel momento supremo, la puerta de la habitación donde estaban reunidas las tres personas mencionadas, giró suavemente y en el umbral se presentó, cual cuadro de fantástica belleza, la silueta de Margarita, que vestida de negro, éste aumentaba mucho más su interesante hermosura.

Un instante de augusto silencio, durante el cual se retrataron en el rostro de aquellos infelices padres y en la venerable faz del cura, los diferentes sentimien-

tos que había inspirado la presencia de aquella mujer.

Un momento en el que no se oía en aquella estancia más que la respiración fatigosa de Teófila.

Nuestra heroína en pié y como clavada en la entrada de la habitación, dirigía miradas de ansiedad á la que en el lecho estaba, y su pecho, cual fuerte oleaje, se ensanchaba y deprimía con rapidéz, indicando la violenta emoción que dominaba el espíritu de la alcarreña.

Trascurridos unos instantes, durante los que Teófila, cual si quisiera borrar una ilusión consoladora ó cerciorarse de la realidad de ella, se frotaba los ojos con sus manos huesosas, descarnadas, resonaron en aquella estancia los gritos, que saliendo del alma, poseían todas las vibraciones del sentimiento.

—¡Hija!

—¡Madre!

—¡Margarita!

Y los dos esposos y la recién-llegada se unieron y estrecharon en un abrazo.

Sollozos, miradas, besos, lágrimas, todo confundido y todo dominando los ho-

ribles estertores de la agonía de Teófila, que exhaló el último suspiro en brazos de su hija y de su esposo.

Cuando la soltaron y cayó pesadamente sobre la cama, Margarita exclamó:

—¡Yo la maté!

Interrumpiendo tan interesante como fúnebre escena, se oyó la voz de un hombre desconocido, que dando en el hombro á la alcarreña, la dijo severamente:

—Daos presa en nombre de la ley.

La cara de Teófila en aquel momento parecía sonreír, como si estuviera satisfecha de la clemencia de Dios.

También en los labios de la bailarina se dibujó una mueca al verse objeto de la justicia de los hombres.

Y poco después la que entró en aquella casa como hija, salía como criminal á quien la sociedad exige reparación del delito, por aquella predestinada cometido.



XIX

CONFESIÓN.

La que ocupó elegantes hoteles, lució espléndidos trenes y fué servida por infinidad de criados;

Aquella que excitó la admiración de los hombres y la envidia de las damas;

La que repartió caricias y desdenes, con cuyo juego conseguía siempre una víctima más que diera satisfacción á sus caprichos;

Aquella mujer tan incomprensible como hermosa, que á todos quiso y á todos arruinó, pues para su constante derroche no había fortuna posible;

La aplaudida con entusiasmo en todos los teatros y disputada por todos los empresarios, ocupa ahora un mísero calabozo en la Cárcel de Mujeres de Madrid.

A sus oídos llegan las voces de sus compañeras de infortunio que cantan y ríen

cual si estuvieran gozando del mejor de los paraísos.

Margarita recordaba su vida y al traer á su memoria, cual consuelo á su pena, sus juegos de la infancia, su pueblo, aquellos padres que la querían con delirio y aquel mozo, para el que hubiera sido orgullo muy grande hacerla su mujer; de sus hermosos ojos se desprendían lágrimas de tierno y desconsolado dolor, á la vez que una aversión y odio profundo para el que fué causa de todas sus desdichas, la hacían exclamar:

—Me alegro ocupar esta celda; su muerte fué el premio merecido por su infamia; no me arrepiento, ni me arrepentiré jamás de haber hecho justicia, haciendo desaparecer de la sociedad á tan miserable sujeto. Mas esto no me habilita á los ojos de la ley que inexorable con quien hace caso omiso de ella y se olvida de sus preceptos, me condenará seguramente á sufrir la pena establecida para casos análogos;—y al decir esto la presa, nacía en su conciencia, algo que ella no sabía explicarse, pero que eran los primeros albores de un sentimiento de justicia.

El sumario en tan malas condiciones empezado, pues únicamente las frases dichas por Octavio antes de morir eran la base en que descansaba; el sumario desde aquel momento, obligado por las francas declaraciones, por la confesión de Margarita, siguió un camino en el que todo era luz y verdad.

El crimen que tanto preocupó á la policía y que dió margen y motivo para llenar de atractivos á la prensa, dejó de ser misterioso, interesante calificativo que le daban antes de que la alcarreña fuese reducida á prisión.

Cuando el juez de la causa tuvo ante su presencia á aquella hermosa mujer y se cercioró con la comprobación de las citas de que bajo el ropaje de una espléndida hermosura se ocultaba la intención perversa de una criminal vulgar; no dejó, sin embargo, de compadecerse de aquella predestinada, á la que mil circunstancias la habían obligado á seguir un sendero en cuyo fin había conseguido triste celebridad.

Y hemos dicho hermosa, porque la belleza que antes admiraba todo el mundo

en Margarita, volvió á renacer desde el momento que abandonando sus habituales costumbres de liviandad y desenfreno, empezó otras más tranquilas para su naturaleza, si bien más dolorosas á su corazón que no estaba acostumbrado á sentir y sufrir sintiendo.

Ya no era la hermosura que deslumbraba, era la belleza interesante que atraía desde el primer momento las simpatías y la afección de quien la trataba.

Pasados algunos días, en los que su soledad fué interrumpida por las visitas de muchos periodistas y algunos curiosos, el escribano la anunció que había llegado la causa á un período en el que la ley y la defensa natural, que aquella ampara y sanciona, exigían el nombramiento de un abogado.

Margarita recordó inmediatamente á aquel joven que les acompañó en su viaje á Guadalajara.

Rubor y casi vergüenza nos dá, por decoro de clase, el confesar que aquel recuerdo mató las esperanzas y frustró los deseos de infinidad de letrados, que ansiosos de notoriedad ó de dinero, no te-

nían inconveniente alguno en rebajarse, ofreciéndose á la envenenadora del marqués de Lallana, para defenderla de la enorme acusación que sobre Margarita pesaba, y que era la primera en aceptar resignada en su amplia y franca confesión.

Desde el día en que entró en la cárcel y tal noticia cundió, recibió la alcarreña multitud de cartas de otros tantos abogados que ansiaban se les confiara la honrada y digna misión de defenderla.

Ella buscaba entre todas las firmas una que le era conocida, pero cuyo nombre y apellido había olvidado.

En vano ayudaba á su memoria, que no respondía á su llamamiento.

—Si no lo nombra usted, se le designará uno de oficio.

—Desearía ver la lista del Colegio de Abogados de Madrid.

—Seguramente la tendrá el Director;—dijo el escribano saliendo en busca de lo que pedía la presa.

Esta ocupaba una celda de bastante capacidad; una cama de hierro, un lavabo sencillo, una cómoda de pino y tres sillas

de paja eran los muebles que se veían en aquella habitación de blancas y desnudas paredes.

Apesar de la soledad y de la tristeza de aquel cuarto, allí se encontraba mucho mejor, pues la abrumaba la idea de tener, si quiera fuese superficial, trato alguno con sus compañeras de infortunio.

—No os lo decía yo, aquí está la lista;—dijo volviendo á entrar el escribano en la celda de Margarita.

—Muchas gracias;—contestó la bailarina haciendo un mohín graciosísimo.

Mientras la presa repasaba aquel catálogo de nombres, el actuario admiró con delectación á aquella hermosa criatura.

Los ojos grises, casi ocultos tras largas cejas, del funcionario de la justicia, se animaban á medida que el exámen iba siendo más minucioso.

—Ya lo encontré;—gritó alegremente Margarita.

—¡Eh?—exclamó aquél hombre saliendo de su éxtasis.

—Este es el que desearía que fuese mi defensor;—dijo la alcarreña señalando un

nombre precedido de un número bastante alto;—y para mayor seguridad os daré una carta que celebraría le entregara usted.

La bailarina escribió llenando un plieguecillo y se lo dió al escribano.

—Está bien, se la entregaré;—dijo el actuario y al leer el sobre añadió,—ha escogido usted un abogado que si bien es nuevo, goza de gran reputación y la fama de ser un orador de primera.

Aquellas palabras, emisión de un juicio excesivamente favorable, ratificaron la buena elección que Margarita creía haber hecho.

Bien ageno estaba el joven letrado Emilio Rodríguez Santa Marta, á que á él se le confiara la espinosa misión de defender á la bailarina y mucho le extrañó que tal confianza partiera de la exclusiva iniciativa de la procesada.

La lectura de la carta escrita por Margarita le dió la clave del enigma para él inexplicable en los primeros momentos.

Después de pensarlo mucho, así como si tuviera algo que le impidiera acceder á los deseos de la presa, contestó aceptando lo disputado por tantos compañeros.

Y al recordar —lo que tenía muy impreso— la escena del tren y el efecto que en su compañera produjeron sus palabras sobre el asesinato del marqués de Lallana, el defensor de Margarita exclamó:

—¡Lo presentí y acerté!



XX.

EL DELATOR.



La policía,—lo que rara vez sucede en España,—había conseguido apresar á la autora de tan célebre asesinato.

¿Cómo se dió caso tan anómalo y prodigio tan sorprendente?

Muy sencillo, existía un delator, que denunció por presunciones y éstas presunciones resultaron realidades.

Un anónimo, fué quien llevó á la cárcel á nuestra heroína; sin la existencia de la delación, es probable que el crimen hubiera quedado impune.

Nuestra policía, debemos decirlo para su satisfacción, es entendida, sagaz y activa, pero imperfecta en su organización, escasas en número y sin medios, ni facilidades, luchó impotente contra numerosos obstáculos.

El día que nuestros gobernantes la or-

ganicen, el día que pongan especial cuidado en dotarla de lo que con tanta necesidad reclama, entonces no tendremos que envidiar á los extranjeros, que más adelantados ó más previsores que nosotros, la tienen perfectamente instituída.

La policía estuvo cerca de un mes siguiendo todas las pistas imaginables, mas nunca sus generosos esfuerzos se veían coronados por el éxito.

Allí donde parecía percibían claridad, solo encontraban una decepción.

Sabían que la autora era una mujer, conocían su nombre y hasta les constaba el apodo ó región de donde procedía, y apesar de las bases que poseían, el edificio de la persecución estaba siempre en los cimientos, en esas bases.

Caminaban con desesperación, de desacierto en desacierto.

Setenta veces le hicieron declarar al criado del marqués, otras setenta al mozo de la fonda; suponían que la joven que por la mañana había visitado á la víctima, era la misma que por la noche cenó con él, y sin embargo, estos preciosísimos detalles parecían confundirles más.

La autora por su elegancia, por las señas que de ella daban, suponían fuese una dama de la vida galante, y ni en Madrid ni en Guadalajara aparecía *la alcarreña*, ni daban noticias de su paradero.

Nadie suponía que en Orche, en un pueblo, hasta cierto punto insignificante, se refugiara Margarita.

Un día, el juez de la causa, recibió un anónimo en el que se le hacían revelaciones de importancia.

En él se le indicaba el viaje de nuestra protagonista y el punto donde creía que habitaba.

Se le hacían referencias exactísimas de su persona, señas que confrontaban con las que indicaron desde un principio el criado y el mozo.

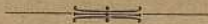
No se perdió un instante, la policía se encargó de lo demás y ya sabemos cómo y en qué ocasión fué presa Margarita.

Cuando el anónimo delator supo por los periódicos que nuestra heroína, la autora del crimen del marqués de Lallana estaba ya en poder de los tribunales y que había confesado su delito, sintió el haberla denunciado.

No creía, no estaba seguro, presumía, le había chocado tanto la zozobra é inquietud con que aquella mujer recibió su conversación cuando juntos vinieron de Madrid, que lo que al principio no fué más que una preocupación, con los detalles que la prensa daba del crimen, fué tomando cuerpo y la idea de comunicar sus recelos al juez de la causa, le impulsó á denunciarla.

Rodríguez Santa Marta se reprochó una y mil veces su conducta, pero no sabiendo nadie que él había sido el autor del anónimo, se prometió no revelar este secreto.

Y al verse nombrado defensor de la procesada—por una de esas coincidencias de la vida—se obligó á atenuar en lo posible su primera falta y salvarla con su talento y su palabra de la nota infamante de criminal, del estigma tristemente célebre de autora del asesinato del marqués de Lallana.



XXI.

MARGARITA EN EL BANQUILLO

Un violentísimo ataque del que tardó bastante tiempo en volver en sí, sufrió la alcarreña cuando por su defensor recibió la noticia de que al día siguiente empezaban las sesiones por jurados en la causa que se la seguía.

—Es decir, —prorrumpió la ex-bailarina con amargura; —que no ha bastado el martirio hasta ahora sufrido, que es preciso prolongarlo todavía más. No son suficientes las muchas declaraciones, careos, diligencias de reconocimiento, etc., hasta la presente practicadas; no me han torturado bastante con las indagatorias, visitas de curiosos y periodistas que han traído y llevado mi nombre, en la forma que mejor ha sido de su antojo, sino que cual digno remate á tanto y tanto suplicio ma-

ñana empiezan las sesiones públicas, que prometen estar muy concurridas, según anuncia la prensa.

—Yo creo que bastará una sola sesión...

—Y con tanto como han escrito no puede juzgar? ¿No me he confesado yo la autora?

—Es preciso que se pruebe; el dicho no tiene valor mientras no se ratifique y mañana todos los testigos repetirán ó rectificarán lo declarado en el sumario; —contestó Santa Marta.

—Gastan ustedes más en papel para una causa, que nosotras en esencias, y yo he derrochado mucho en perfumes; —prorrumpió jovialmente Margarita.

Emilio Rodríguez por más que trató de conocer el carácter de la alcarreña, no lograba nunca sus deseos.

Cuando supo su historia, realzada por la delicadeza y talento de la presa, se alegró muy mucho de ser su defensor.

Pero, unas veces triste y melancólica, presa de remordimientos, pidiéndole con lágrimas en los ojos que no trabajara por su defensa, pues que ella se había he-

cho acreedora al rigor de la ley y de su sanción no quería eludirse.

Otras alegre y juguetona, contándole aventuras, de muchas de las cuales la misma narradora había sido protagonista, relatos llenos de ingeniosas reflexiones.

Para el joven abogado aquella mujer era un enigma, pero un enigma encantador.

La opinión llevada por una de esas simpatías que solo gozan las mujeres hermosas, se había rehecho en su favor y al conocer la desastrosa necrología del infortunado marqués de Lallana todo el mundo decía:

—Lo tenía bien merecido.

Únicamente las mujeres eran enemigas de la envenenadora, y cuanto mayor era su alcurnia más condenaban la conducta de la pobre Margarita, que para ellas no se presentaba con el carácter de criminal, sino con el de rival y rival temible; ¡era tan hermosa! Las mujeres son así, odian á toda la que en el torneo de la belleza, pueda obscurecerlas.

Santa Marta que veía las simpatías de que gozaba su defendida, tuvo una gran

satisfacción. Los jurados, generalmente, tienen todas las excelencias y todos los defectos de la opinión, de cuyas filas son escogidos, y con la opinión piensan, sienten y dictan sus veredictos.

La llamada hoy justicia histórica, es todo lo contrario, le repugna la opinión pública, hasta el punto de que algunas veces se pone en frente de ella, y entonces sobreviene el choque, pero tan violento, que se deja sentir en toda la nación y el clamoreo de la parte derrotada, ensordece en los primeros momentos.

* * *

Al día siguiente el edificio destinado á la administración de justicia estaba rodeado desde muy temprano de infinidad de gente que pugnaba por conservar su puesto ante los empellones y sacudidas de los que llegaban con anticipación, sí, pero no con la necesaria para ocupar los primeros.

Algunos los cotizaban á muy subido precio, y no eran pocos los que pagaban

con gusto algunas pesetas por ocupar el puesto del vendedor.

Allí todo eran gritos, ayes, chistes picantes y risotadas. Más parecía aquella abigarrada multitud, gente que va á solazarse y divertirse, que gente que iba á presenciar unos debates forenses, en los que se jugaba la vida de una mujer.

La guardia civil y los agentes de seguridad pugnaban por contener aquella oleada de carne humana que se deprimía para después ensancharse, y con la fuerza y el empuje de la sacudida, dar al traste con las puertas que crujían, como si fueran á resquebrajarse.

Bastantes señoritas, acompañadas de algunos caballeros las menos, solas las más, entraban por una puerta excusada é iban llenando el salón; maniobra de la que no se apercibió el público hasta última hora, desde cuyo momento la presencia de una de las distinguidas excitaba las iras de los desheredados, que se vengaban propinando á la que gozaba del salvo conducto con toda clase de improperios y una rechifla general.

—¡Ya viene! ¡ya viene!—exclamaron al-

gunos refiriéndose á la procesada, y al oír esta frase, aquel orden relativo se desconcertó.

Y los que tales exclamaciones repitieron aprovecharon aquel movimiento para apoderarse de los puestos que quedaron vacantes por la curiosidad de los que anteriormente los ocupaban.

—¡Es un engaño!—exclamaron con enojo algunos.

—Qué ha de venir;—prorrumpió un chulo, dando un empujón á un señorito que le interrumpía el paso.

—¡Insolente! ¡Mal educado!—interpeló el jóven agredido, pidiendo socorro á un agente de la autoridad que cansado ya, se había dormido sobre las espaldas de un señor grueso.

—Hay gente más ordinariota;—dijo con ruborosa timidez una señorita *cursi*, poniendo unos ojos lánguidos que estremecían.

—Usted ha comprendido que soy un chico de buena familia;—contestó galantemente el joven, sin reparar en una señora de bigotes, que detrás de la de los ojos, la decía por lo bajo:

—Muy mantecosita, que todas las ocasiones son buenas para *pescar* novio.

*
**

Cuando nadie le esperaba llegó el coche celular y sin que se apercibieran más que algunos, Margarita bajó de aquel vehículo.

Los Magistrados ocupaban los sillones bajo el dosel; el Ministerio fiscal en uno de sus más dignos representantes, á la derecha; Emilio Rodríguez, después de dar un apretón de manos á su defendida é indicarla que cuanto le ocurriera durante el juicio podía comunicárselo por medio del procurador que se sentaría á su lado, entró, como nunca emocionado, á sentarse á la izquierda.

En bancos, y confundidos el menestral, el banquero, el artista y el comerciante, estaban los jurados que poco después habían de ser sorteados.

En una larga mesa y casi tocando con la del secretario, se apiñaban los periodistas.

Las y los que tanto enojo causaron al público por su preferencia llenaban las primeras filas de bancos.

Y poco después Margarita, vestida de riguroso luto que hacía destacar más la palidez de su rostro, entraba en el salón

Todas las miradas se concentraron en la procesada, quien por indicación del presidente tomó asiento en el banquillo de los acusados.

XXII.

JUEZ EN CAUSA PROPIA.

No narraremos los detalles y peripecias de las varias sesiones que en el juicio de tan célebre causa se invirtieron, pues á ello ya, acostumbrado está nuestro público.

Ante los jurados que por el sorteo fueron investidos de la augusta misión de juzgar á la procesada, desfilaron un sin fin de testigos cuyas declaraciones en lugar de servir de acusación, eran en lo que cabía, la defensa más elocuente y completa de Margarita.

Octavio era un sér perjudicial y nocivo para la sociedad. Su paso por el mundo fué una página bochornosa y demigrante, firmada por el último marqués de Lallana y sellada con su sangre.

Esto lo atestiguaban todos.

Su desastroso fin, pues, era la consecuencia natural y lógica, el digno remate á que se había hecho acreador por sus acciones villanas y miserables.

Esto pensaban y deducían todos también.

El muerto perdía desde aquel momento, la compasión que como víctima mereciera.

En cambio ganaba en simpatías la que sentándose hoy en el banquillo, fué, hacia algún tiempo y por el satánico influjo de Octavio, robada bajo engañosas muestras de amor, de un hogar sagrado y digno, para arrojarla después de deshonrada en una vida miserable y vergonzosa.

Los jurados desde entonces se les notaba que estaban inclinados á favor de la procesada.

El Fiscal apesar del deficiente resultado de la prueba sostuvo la acusación.

Con tono severo y en nombre de la ley que castiga al que sus preceptos no respeta y en nombre de la sociedad que herida en uno de sus individuos, pide justa indemnización, trató de convencer á los jurados de que Margarita era después

de su vida novelesca una criminal vulgar.

La acusación del representante de la ley, fué oída con religiosa atención más no produjo gran efecto en el ánimo de los que le escuchaban.

Rodríguez Santa Marta estuvo felicísimo.

Con frase escultural, con acento que conmovió más de una vez á los jurados, hizo á grandes rasgos la historia de su defendida y la terminación de cada período se perdía entre los aplausos con que el público acogía las palabras del joven abogado.

La oración forense del defensor, se podía considerar como un verdadero modelo.

Margarita envenenó al que primero fué autor de todos sus infortunios, que más tarde trató de apoderarse de su fortuna, que por último la había querido asesinar en el cuarto de la fonda.

El veneno lo había suministrado la bailarina cuando de una manera fehaciente, la constaba que ya estaba condenada á muerte.

Detalle de suma importancia éste en el que basó Santa Marta su defensa.

Todos los recursos de la palabra, todos los resortes del derecho dominados por la clara inteligencia del Abogado, sugestionaron á los jueces, á quienes pidió la absolución para la que por su hermosura, por su nombre y por la región donde había nacido, debía llamarse la *flor de la Alcarria*.

El discurso del Presidente que se conservó fiel entre la acusación y la defensa, ni realizó la primera, ni deslució en lo más mínimo á la segunda.

El jurado después de deliberar dictó veredicto de inculpabilidad.

El tribunal más tarde en su sentencia absolvió á la procesada.

En los rostros de todos se retrataba la alegría, todos también felicitaron calurosamente á Santa Marta.

Los periodistas á la terminación del juicio rodearon al letrado, ofreciéndole un banquete en testimonio de admiración entusiasta.

Sin embargo, la absuelta no se hacía partícipe de la satisfacción general.

Aprovechando la confusión y sin que nadie lo notara, Margarita apuró el contenido de un frasquito.

Cuando en la sala del Colegio de Abogados, se reunieron defensor y defendida, ésta no pudo pronunciar más que estas palabras:

—Cuando los jueces se equivocan, los reos se hacen justicia.....

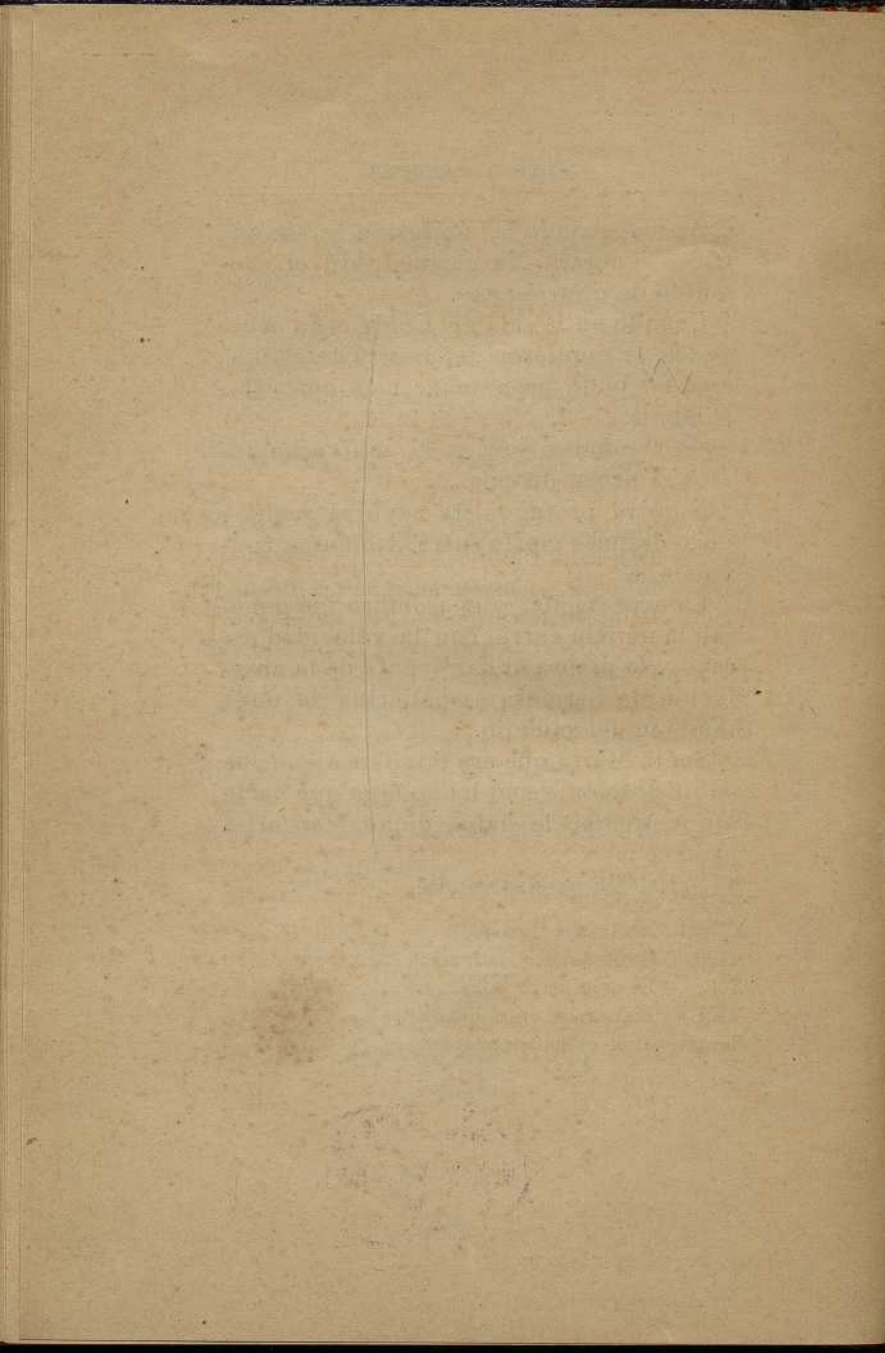
Nuestra protagonista cayó al suelo y poco después moría entre violentas convulsiones.

La expectación y el asombro fué general; la noticia corrió con la velocidad del rayo y la prensa al dar cuenta de la absolución de hermosa ex-bailarina, la daba también del suicidio.

Santa Marta que era fatalista apesar de su ilustración, recordando algo que hacía algún tiempo le había dicho Margarita exclamó:

—¡Estaba predestinada!

FIN.



ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Dedicatoria.....	5
I. Bosquejo.....	7
II. Presentaciones.....	13
III. Del amor á la desesperación.....	19
IV. Idilios.....	25
V. Borrascas.....	33
VI. A lo que conduce el amor.....	41
VII. Dolorosa decepción.....	47
VIII. Continúa el misterio.....	53
IX. Proposición aceptada.....	59
X. Triunfos.....	65
XI. Penumbras.....	73
XII. Una visita inesperada.....	79
XIII. Trágico fin.....	85
XIV. Revelación.....	91
XV. Un nuevo conocido.....	97
XVI. Asalto y victoria.....	103
XVII. Anhelos.....	109
XVIII. Huérfana y presa.....	113
XIX. Confesión.....	117
XX. El delator.....	125
XXI. Margarita en el banquillo.....	129
XXII. Juez en causa propia.....	137



